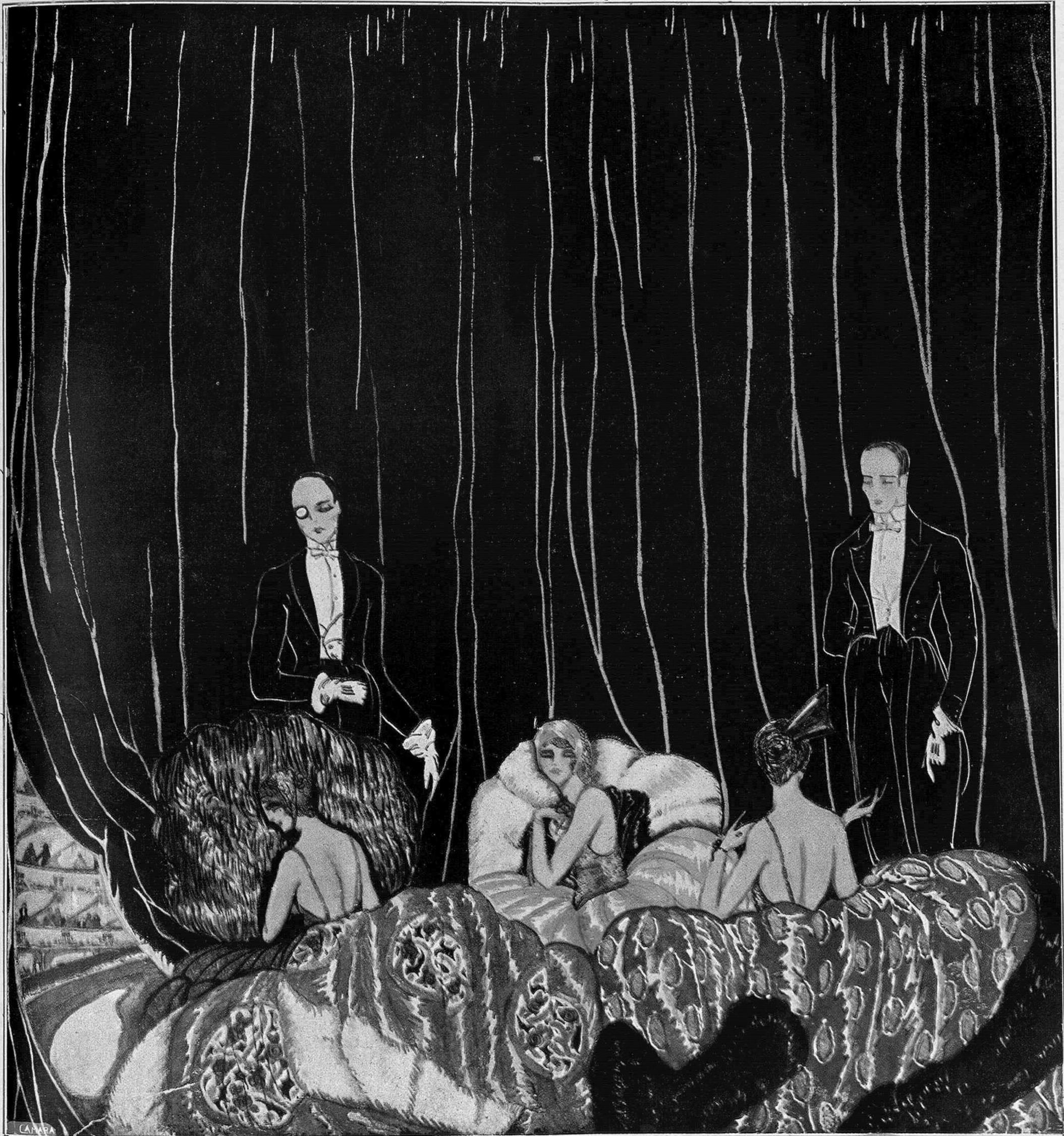


La Esfera

Año IX Núm. 469

Precio: Una peseta



EN LA OPERA, dibujo original de Marcial Rovira





"HACE DOS AÑOS
que lograste encadenar mi corazón con tus palabras
PERO HOY...

una barrera se interpone entre nosotros: es tu calva, tu absurda calva que pudiste evitar a tiempo la que nos separa; yo no puedo querer a un hombre que descubre su carácter indiferente y abandonado en un detalle tan significativo como es la estética personal."

No todas las mujeres se atreven a decir a un hombre lo que antecede; pero la que no lo dice lo piensa, pues no se concilia el sentimiento delicado y vehemente de la mujer con un carácter abúlico y despreocupado.

¿Será usted capaz de ver con indiferencia la caída de su pelo? ¿No piensa usted que por abandono fracasará su juventud y luego, cuando su cabeza esté pelada, tendrá que emprender una larga curación después de pasar por las horcas caudinas del desprecio?

Es imposible que lleve usted su despreocupación a ese extremo, siéndole tan fácil detener su enfermedad con el

Regenerador "PAZ" del Cabello

Este científico preparado cura en absoluto la calvicie; pero con más facilidad y menos molestia previene la calvicie prematura, usándolo continuamente en substitución de las lociones y quinas corrientes

Gran Premio de Honor y Medalla de Oro

Consulte usted gratis al autor

DIEGO PAZ, calle Don Alfonso I, núm. 36 - ZARAGOZA

Frasco } 15 pesetas en España.
 } 20 » en el Extranjero.

Pídase en las mejores droguerías y perfumerías. Si en la localidad donde usted reside no lo encuentra, remita usted el importe por giro postal a casa del autor y recibirá el pedido franco de porte

Rosado Rivas



Feliz Año Nuevo
 desea a sus clientes, la casa
Carlos Coppel
 Fábrica de relojes

Madrid

Juencarral, 27

PALACE-HOTEL



La Esfera

Año IX.-Núm. 469

Madrid, 30 Diciembre 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



DANZARINA

Escultura de Attilio Pallavicini, que figura en la Exposición Internacional de Venecia

EL CRIADO DEL VIEJO NOEL

PETER Vanhoucke es un simpático muchacho, un simpatiquísimo muchacho, bueno como el buen pan y servicial como un buen negro; si le conociérais, no se os ocurriría contradecirme. Pero comienza á convertirse en un buen pintor, y he aquí que esto parecerá más extraordinario á sus compañeros de taller, aunque ellos admitiesen siempre que el cielo había dotado á Vanhoucke de un temperamento bastante personal y de una sensibilidad casi femenina de tan delicada. En fin, Vanhoucke sabía de su oficio cuanto los demás podían aprender, y al cabo de un largo plazo ha podido descubrirse á sí mismo. Y las personas que á sí mismas se descubren son las personas de verdadero talento. Las demás no son más que copistas. Y se preveía que el pobre Vanhoucke no sería sino un copista, porque aunque era paisajista, era un paisajista de taller. Esta es una originalidad; pero en Arte no es lo suficiente.

Su desgracia y el origen de sus limitaciones nacieron de haber sido demasiado amable cuando era pequeñín, porque entonces hacía todo lo que se le mandaba que hiciera. Y sus padres, que eran unos burgueses de Gante, unos burgueses de una antigua familia y muy ricos, le mandaban principalmente que no se fatigara. Y es esta una costumbre que se adquiere con facilidad. Y muy prudente, muy obediente y muy inteligente, cumplía sus deberes á la perfección y obtenía premios en el Gimnasio. Pero era tan grata aquella vieja vivienda donde había nacido, que no salía de ella sino de raro en raro, lo que aprobaban la señora Vanhoucke y su propio padre, que durante toda su vida habían hecho otro tanto. No olvidéis que una vieja casona flamenca es algo muy suficiente. Es cálida en invierno, fresca en estío, y tiene siempre su bodega y su despensa bien abastecidas. ¿Habéis visto que un hombre en posesión de sus hábitos abandone sus hábitos? ¿Por qué, pues, un hombre que tiene su casa ha de abandonar su casa?

Cuando Peter abandonó el Gimnasio, se le preguntó qué quería hacer. El había visto durante su vida numerosos cuadros, porque los cuadros están en las casas y los flamencos aman el color sinceramente, voluptuosamente, por el color mismo, á diferencia de los franceses, que buscan siempre en una tela la historia que representa. He aquí por lo que ha habido tan frecuentemente pintores, verdaderos pintores, grandes pintores en aquel pequeño país, mientras entre los franceses son tantos los que en principio empuñan un pincel para acabar escribiendo en los periódicos, convencidos de que habían equivocado el camino. Por eso, cuando Peter anunció que deseaba ser pintor, la familia encontró la cosa muy natural. Y así vino á ser discípulo del gran Carlos Voos, que solía decir de él:

—Este pájaro no será nunca nada.

Voos amaba la campiña, su buena campiña flamenca, tan rica, tan crasa, tan generosa. Y sabía lo que debe hacerse cuando se la ama: recorrerla con planta infatigable, desde el alba al crepúsculo y en todo tiempo, como un aldeano que se apoya en la manquera. Pero Peter iba en



automóvil, vestido siempre con traje de pintor que no pinta, de pana verdeviejo, de kaki, de piqué, según las estaciones. A veces solía exclamar: «Dios mío, qué bella la corriente del Lys en este tiempo de tormenta!» O bien: «¡Qué delicia estas campanillas del rincón del jardín!»... Se suponía que al punto iba á partir con su caballo, su tiento y su caja de colores. Pero no; porque unas veces amenazaba la tormenta, otras porque las campanillas son flores de estío, ¡y cuidado que hace calor en el estío! Y se instalaba en su taller, mientras decía:

—Veo muy bien todo eso desde aquí.

Tras de lo cual poníase á retocar el último cuadro de Voos ingenuamente. Y todo inducía á la creencia de que hubiera de dedicar al retoque del último cuadro de Voos el resto de su vida. Mas he aquí que á partir de la Nochebuena del último año, todo ha cambiado, lo que prueba que, decididamente, el niño Jesús es un gran Dios que persiste en obrar milagros. Carlos Voos es un verdadero pintor; pero no presume de ello porque no lo es deliberadamente. Por el

contrario, cifra un legítimo orgullo en ser el más hermoso de los Viejos Noel que jamás se vieran desde el primer año de la Era cristiana. Todos los galopines de Molembeke lo saben bien, y lo estiman en su justo valor. Cuando Carlos Voos se pone sobre su barba rubia su otra gran barba de algodón blanco, en la cabeza un gran sombrero puntiagudo de fieltro blanco con una gran estrella de papel de plata, y sobre su jubón de pana oscura una enorme bata de moletón blanco, es el propio Padre Eterno; pero un Padre Eterno tan gracioso que hará morir de risa á los santos, á los más rígidos y severos del Paraíso, cuanto más á los granujillas de Molembeke, que no son tan difíciles de impresionar. Y es que Voos no solamente lleva consigo los polichinelas, ¡sino que les hace hablar! Hay entre ellos una muñeca que se parece á la alcaldesa, dicho sea con perdón, la princesa Turlurette, el enano Kapfer-Hapfer y la señorita Col, propia por su indumento para que sueñen con ella todos los chiquillos. Quince días antes de Nochebuena no dan abasto los tubos de color de Carlos Voos á encharnar las telas aprovechables y á pintarrapear fantoches; y se divierte como un dios que es el Viejo Noel y canta y tiene un aire de loco. Es mucho hombre este buen Dios.

Pues la misma mañana de Nochebuena, á poco de despertar, he aquí que advirtió la nieve que había venido á bendecir y purificar la tierra. Caída en silencio, había traído el silencio con ella. En efecto, no se oía nada. Sin un ruido, blandamente, blandamente, los pies de los caballos se hundían en la linda alfombra blanca; sin un ruido, blandamente, blandamente, las carretas sepultaban en ella sus ruedas; y los propios perros sentían una especial satisfacción en tirar de los trineos... Aquel día hubiera podido hacer un bello apunte, si no resultara más divertido jugar al Viejo Noel con los chiquillos.

Como estaba atento á todo, percibió un gran ruido que se acercaba por el camino, lo que le molestó extra-

ordinariamente por lo que ya os he hecho saber, es decir, porque el ruido no es conveniente en los paisajes nevados. Mirando por los dobles cristales de su ventana, distinguió, tan pronto como hizo oído, el automóvil de Peter Vanhoucke. Al sentimiento desinteresado de que he hecho mención vino á unirse otro nuevo, porque anida el egoísmo en todas las almas, y es que Carlos Voos comenzaba á disfrazarse de Viejo Noel y aquel animal iba á turbarle la fiesta. En aquel momento oyó á Peter Vanhoucke que decía, traspuesta ya la puerta del jardín.

—¡Oh, la nieve! ¡Oh, la hermosa nieve! ¡Oh, la línea blanca y rosa de los álamos sobre el Lys grisáceo!

Su jocundo rostro orondo y barbilampiño se percibía distintamente en la avenida, cuidadosamente limpia. Venía ataviado como un traperero millonario: fuertes polainas de cuero rojo sobre las espesas medias de lana, suntuosa montera de piel con orejeras y holgada piel de oso gris. Carlos Voos se dijo: «¡Ah, vamos! Va á hacer un apunte. Eso me dejará libre de él.»

LAMARA F.



Mas cuando descendía por la escalera convertido por algunas horas en el divino buhonero de los regalos del Niño Jesús, halló á Peter Vanhoucke en el taller; á Peter Vanhoucke, que aún no se había despojado de su pelliza de oso, y que decía:

—¡Qué bueno hace aquí para pintar! Realmente, no hay necesidad de moverse del estudio.

Carlos Voos frunció el entrecejo. Iba á hablar; no sé lo que iría á decir; pero aún no había abierto la boca, cuando Peter estaba ya en pie, tan cortés, tan buen muchachito, tan prudente. No había medio de disgustarse. Voos le estrechó la mano.

—¡Eres tú, pequeño?... Ya ves... Haciendo el Viejo Noel para distraer á los chiquillos de Molembeke. Y..., y..., ¡calla, si realmente voy á necesitarte!

—¡Ah, sí? ¡Y qué es lo que yo puedo hacer en su servicio, maestro?

—En mi servicio, precisamente. Vas á estar á mi servicio, Peter.

La infancia de Molembeke se había ya reunido en el jardín, y los chiquillos gritaban y se espolvoreaban con nieve. Súbitamente aparecida la majestad del Viejo Noel, restableció el orden en aquella multitud tumultuosa.

—¡Hijos míos!—dijo el Viejo Noel—Vuestra conducta de este año ha sido particularmente grata á los ojos del Señor... ¡Quietecito, Carlos; y tú, Teófilo, que te veo: no tires de los pelos á Pedrín! Y he decidido, para recompensaros, no descender solo del Paraíso. He aquí por qué he cogido un criado, lo mejor que en el ramo del servicio doméstico existe en el cielo. ¡Helo aquí! ¡Mirad qué hermoso es! ¡Mirad qué bien vestido! Es un esquimal canonizado; es cuanto puede haber de extraordinario.

Carlos, Teófilo, Pedrín y sus treinta y tantos compañeros contemplaron á Peter Vanhoucke. Aplaudieron. Entonces Peter, muy finchado, saludó, poniendo la mano sobre su corazón.

—Además de eso—continuó Voos—, es muy obediente. Hace todo lo que yo quiero. Dales unas perras, esquimal.

Peter Vanhoucke juzgó que aquello no era muy difícil. Les dió calderilla é incluso monedas de platá cuando se le agotaron las perras.

—Pero eso no es nada—prosiguió el Viejo Noel—...Es, á la vez, de una ligereza extraordinaria... ¡Esquimal! ¡Salta sobre la mesa!

Peter le miró con aire de espanto. En su vida había él saltado sobre una mesa. Voos murmuró:

—¡Vamos, imbécil, salta como tú sabes!

Fué aquella una palabra mágica. El Viejo Noel fué dotado en aquel instante de la eficacia, que es uno de los dones de la divinidad, y aun cuando se ayudó—preciso es decirlo—con un vigoroso rodillazo propinado á Peter donde le fué posible, éste tomó aliento y vino á caer sobre la mesa, emocionado, pero gracioso.

—¡Habéis visto, muchachos, habéis visto?—gritaba el Viejo Noel—Esquimal trepa á los árboles, se sienta en las nubes, hace ramilletes de estrellas que sujeta con rayos de luna... Pero hoy—declaró Voos—lo que me gustaria es que vosotros le hiciérais rodar por la nieve.

Peter respiró. Por el momento, no había más que dejar hacer, y en consecuencia se tendió cuan largo era... Aquello fué como una bandada de gorriones precipitándose sobre un gran duque. Resultaba divertido aquel Noel entre los Noeles; verdaderamente divertido. Y Peter,

que nunca había tenido infancia, sentía que, bruscamente, le invadía y le encantaba. Muchas manitas de niño le empujaron, le oprimieron, le despelujaron... Rodaba á la derecha, á la izquierda, y acabó por tomar muy lindamente la cuesta que conducía al Lys, helado, lleno hasta sus mismos bordes. Sin embargo, Peter no sentía el peligro. ¡Qué bueno resultaba aquello, qué cosa tan dulce, tan tierna y tan fría! Fría, pero que, no obstante, le quemaba las mejillas. Y en todo su cuerpo notaba una alegría, un calorcillo..., y notaba—lo que él no había conocido nunca—el placer físico del aire libre, los elementos afrontados, el movimiento rápido, la vida, la verdadera vida, en fin.

Antes de llegar á las orillas del Lys, Carlos Voos detuvo á los chiquillos. Peter era ya un animalillo inconsciente, pasivo. De nuevo en pie, ebrio de risa, saltaba, saltaba...

Y cuando ya, distribuidos los juguetes, hubo desayunado, en lugar de permanecer en el taller, fumando su pipa, pidió, solicitó con un ardimiento ingenuo:

—¡Vamos á dar una vuelta por ahí?

—Querido—dijo Carlos, un poco emocionado—: debemos siempre reconocimiento á las personas que nos hacen objeto de una broma, cuando ha sido elegida con algo de gracia. Vuelve á ponerte tu pelliza y toma los pinceles: puedes hacer alguna cosa buena.

—Es gracioso—decía por la noche, contemplando sus apuntes—; se diría que son de otro.

—En efecto, esto es de otro—afirmaba el viejo Voos.

PIERRE MILLE

(Versión española de N. HERNÁNDEZ LUQUERO.)

DIBUJOS DE MANCHÓN

LA ESFERA
MOMENTOS SEVILLANOS



La romería del Rocío en Triana

DIRUJO DE MARTÍNEZ DE LEÓN

Parpadeo de los astros en la pompa azulina de los cielos, crepitar de risas femeninas, de piropos hombrunos, cadencias lánguidas de coplas de pasión, donde alternan ó suenan simultáneas las voces de las mocitas engalanadas y los mancebos de tez cobriza. Se bambolean las carretas, y las mazas macizas de los bueyes rememoran los cortejos de remotas paganas... He aquí el escenario y el episodio que tantas veces encalenturó la imaginación de los pintores y de los poetas. De los dibujantes también. Se recuerda al maestro García Ramos, tan de su Sevilla y tan colmado de la gracia hispalense. Se recuerda á Juan Lafita, expresivo y sensual. E impone también ese arte este Martínez de León, el costumbrista agudo, nervioso, el que va glosando con el vigor de un acuafortista y el lirismo de un enamorado la vida nocturna de la inmortal ciudad...

JOSE
MARTINEZ
MADRID

Martinez de Leon
 triana

DE LA VIDA
QUE PASA

LOS SUEÑOS Y LA MODA

SUEÑAS á menudo, lectora? ¡Sí! Enhorabuena. ¿No? Lo siento con toda el alma. Has de saber que están de moda los sueños. De forma que, si sueñas, vas «á la última». Puedes medir tu distinción con las «pairesas» más encopetadas del Cécil y de Bond Street; con las orleanistas más elegantes del Meurice y de Saint-Germain; con las multimillonarias más suntuosas del Astoria y de la Quinta Avenida.

Como en los días en que Cagliostro asombraba á las marquesas de Versalles con el magnetismo y los espejos; como en la temporada bruja de Pall Mall, cuando Vestina, la Giganta, reunía en el gabinete del doctor Graham un coro de «mediums» desnudas (entre las cuales destacaba la que había de ser lady Hamilton), ahora, en nuestros días, aunque con más ciencia y decoro, las damas de refinamiento se dedican á interpretar los sueños férvidamente.

Es el *clou*, la *great attraction*, lo verdaderamente *chic*. La teosofía, el ocultismo, la magia, la telepatía, las apariciones, todo «el más allá» misterioso y tentador, especialmente cuanto se refiere á los sueños, vuelve á ocupar el vasto mundo de desocupados que arrastraban sus lujos y su tedio entre las amazonas del *cine*, las bailarinas tonkinesas y las anabaptistas del Lago Salado.

Mareado de *wiskey*, de negocios, de ruletas y de cocotas, el cosmopolitismo elegante pretende ennoblecerse, á su modo, con el gesto, entre remordido y apicarado, de Fra Diavolo y Manón. ¿Por qué soñamos? ¿Tienen los sueños un origen, unas leyes? ¿Qué relaciones puede haber entre el mundo vivido y el fantástico? ¿Cabe soñar á voluntad, como quería Benjamín Franklin?

Tan vasto es el problema, tan atrayente, tan profundamente subjetivo, que no hay modo de soslayarlo. ¿Quién no ha soñado? ¿Quién no despertó alguna vez, aterrado, entre gritos y sudor frío, ó jovial, entre risas de contento? ¿Quién no intentó reconstruir estas emociones, explicárselas, relacionarlas al pasado ó al porvenir?

La tercera parte de nuestra vida se va en dormir. Un hombre de noventa años no ha vivido, realmente, más de treinta. De los sesenta que ha dormido, veinte al menos, según Demetrio Boronsof, puede decirse que ha soñado; esto es, que ha vivido la vida irreal, fantástica, misteriosa, alegórica, de los sueños. ¿No merece esta vida irreal, pero tan humana como la real, el interés, las atenciones, las preocupaciones del vivir diurno? El hombre, cuando sueña, vive. Toda la tragedia de Segismundo se encierra, no en su vuelta á la caverna, vestido de pieles, exonerado y humillado, sino en poner el sueño sobre la vida, como el jinete sobre el caballo, exclamando, triste:

D'es bien: aviso fué.
Y, caso que fuese cierto,
pues que la vida es tan corta,
¡soñemos, alma, soñemos!

La melancólica exclamación de Hamlet: «Morir, ¿será dormir?», más que una duda filosófica significa una infinita ansia de reposar.

El feliz tropo de Argensola, llamando al sueño con terrible expresión salmista, «imagen espantosa de la muerte», toma la parte por el todo. El sueño está tan lejos de la muerte como lo está la vida. Los dos motores esenciales—cerebro y corazón—funcionan, sin descanso, durante el sueño, como durante la vigilia. ¿Qué diferencia hay, pues, entre el uno y la otra? Sólo una interrupción organoléptica, un paréntesis de reposo corporal.

Sin embargo, el mundo del sueño es substancialmente distinto del mundo real. El cosmos terrorífico del Dante, de Durero, de Sigael, de Holbein. El mirífico de Teresa, de Juan de la Cruz, de Nieremberg. El maravilloso de los encantadores, hadas y brujas, desde el jardín del Ariosto á la cabaña de Caperucita, tienen un mismo Génesis: el Ensueño. Si el hombre no soñara, la Humanidad sería un conglomerado de apetitos. Todas sus obras inmortales—los poemas como los inventos, las sonatas de Beethoven como los sueros de Pasteur—están ungadas del Ensueño. Tienen la prosapia, el blasón de ese mundo, sin climas ni fronteras», donde, como en la estampa de Holbein, sólo hay una habitación: la Noche.

Marco Aurelio asigna á la Noche todas las prendas del buen juez: recato, silencio, gravedad. Supone que es el Tribunal del Día. Que ante ella comparecemos y que de ella salimos, al despertar, condenados ó absueltos, como en un juicio.

Comentando al emperador filósofo, Juan Pablo Richter imagina que la Noche, á fuer de justiciera, distribuye premios y castigos; esto es, sueños de oro y pesadillas espantosas. Tesis, después de todo, más lógica que la de Delboeuf,

el cual es de opinión que los sueños son la liberación del hombre.

«El sueño consuela y liberta—dice—. Nos lleva, por unos instantes, en medio de los seres amados que perdimos. Hace olvidar al enfermo sus sufrimientos; al infortunado, su angustia. Da agilidad al paralítico, oído al sordo, vista al ciego, al preso libertad y á la niña abandonada las alegrías del amor.»

Cierto que así sucede á veces. Mas también, á veces, ocurre precisamente lo contrario. Que el sueño es tribulación y esclavitud. Hace enfermar y padecer al sano; paraliza al ágil; ensordece y ciega al que, despierto, oye y ve tan naturalmente; mete en prisión al hombre libre y hiere, con perjurios, á las niñas enamoradas.

Pero estos sueños claros, recordados con precisión, no necesitan hermeneutas. Son, pudiera decirse, reediciones emotivas de la vida real, espectáculos que lo mismo ocurren viviendo que soñando, que se gozan ó se padecen igual soñando que viviendo.

En cambio, los recuerdos borrosos, las incoherencias, los Sueños por antonomasia, que evocan, con su deformidad, el monstruo de Horacio ó las bestias apocalípticas, necesitan de interpretación. En la gran dinastía augural que, comenzando en José, hijo de Jacob, llega en nuestros días escépticos á madame de Thebes, el arte exegético es clasicista. La interpretación, directa ó alegórica, como en el libro de Artemidoro de Haldia, cuya traducción, con magnífico prólogo de Rafael Urbano, responde al movimiento actual, puesto en moda por las elegantes del mundo entero.

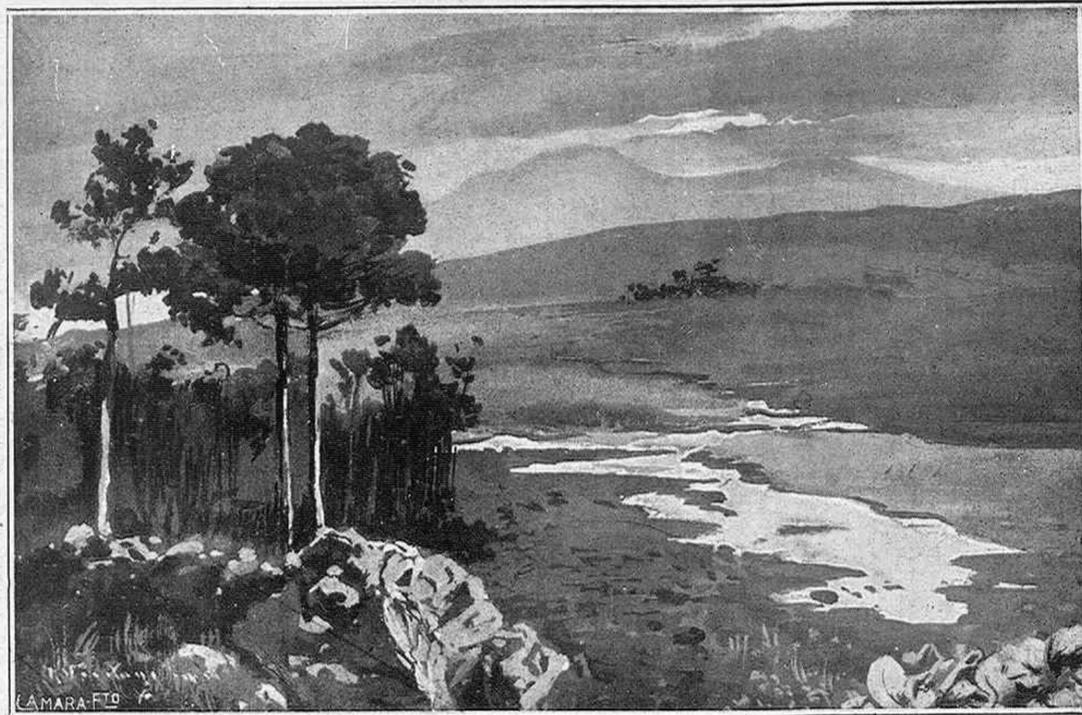
En el juicio é interpretación de los sueños hay que distinguir entre los sueños que se refieren al cuerpo y los que se refieren á la acción del cuerpo; entre los que se relacionan con la vida, el aseo, los fenómenos naturales, y los que tocan á animales, plantas, aguas, montes, aves, dignidades y funciones; entre los «complejos», que evocan afectos y pasiones, y los «alegóricos», que se forman con la laboriosa mezcla de figuras y sentimientos, al parecer sin relación.

Es curioso que en las distintas claves— así griegas, como romanas, como sajonas, como eslavas—el significado de muchas cosas sea idéntico é invertido. Por ejemplo, soñar con dineros, es desgracia. Soñar con barro ó cieno, fortuna. ¿A qué puede obedecer esto, no siendo á que se considere el mundo irreal como el polo opuesto del real? ¿Será que el mundo de los sueños es, como quiere Nottovick, una «anticipación del Más Allá», una especie de ensayo, á fin de habituar al alma á vivir sin cuerpo?

De cualquier modo, entre dedicar la vida al Club, á las cocotas, avaras é imbéciles, al *whiskey* denigrante y al tedio, y amenizarla, ennobleciéndola, en la investigación de nuestros sueños, de sus leyes, de sus orígenes, la elección no es dudosa para nadie. Ni siquiera para ese mundo epicúreo, cínico é indolente, que había prescindido del espíritu, dejándolo, con los abrigos, en el guardarropa...

Cristóbal de CASTRO

BAJO LOS PINOS (PAISAJE)



Dibuja el Poniente los rojos lanchares
y enciende la clara arboleda;
ensanchan las yeguas sus rubios ijares,
y crujen al viento los verdes pinares
de seda.

Enroscan los troncos sus viejas raíces,
que buscan las aguas serenas;
levantan el vuelo pintadas perdices,
y encorvan las vacas sus anchas cervices
morenas.

Acusan sus líneas los potros ligeros,
pastando en los predios pajizos;
y van tras los bueyes, por largos senderos,
la ahijada en la diestra, los recios boyeros
cobrizos.

El sol en las cumbres rojizas resbala;
un mulo en la lince sesteá;
la blanca paloma los setos escala,
y, oculto su pico del ala,
zurea...

Ainjo, en las huertas, reflejan sus soles
las charcas del río, al ocaso;
se rizan al viento los verdes frijoles,
y entreabren sus hojas crujientes las coles
de raso...

Yo pienso en los pinos erectos é iguales
que cantan al viento sonoro,
y adornan los viejos jardines rurales,
las mesas paternas, los lechos nupciales
de oro...

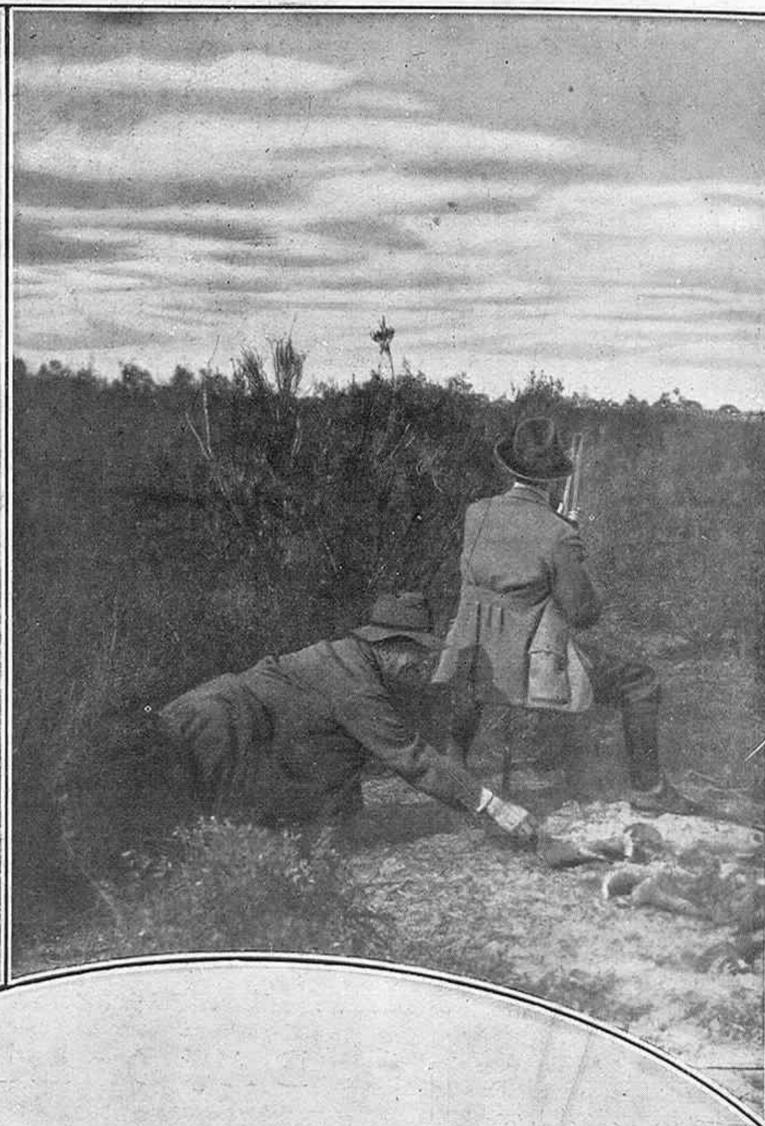
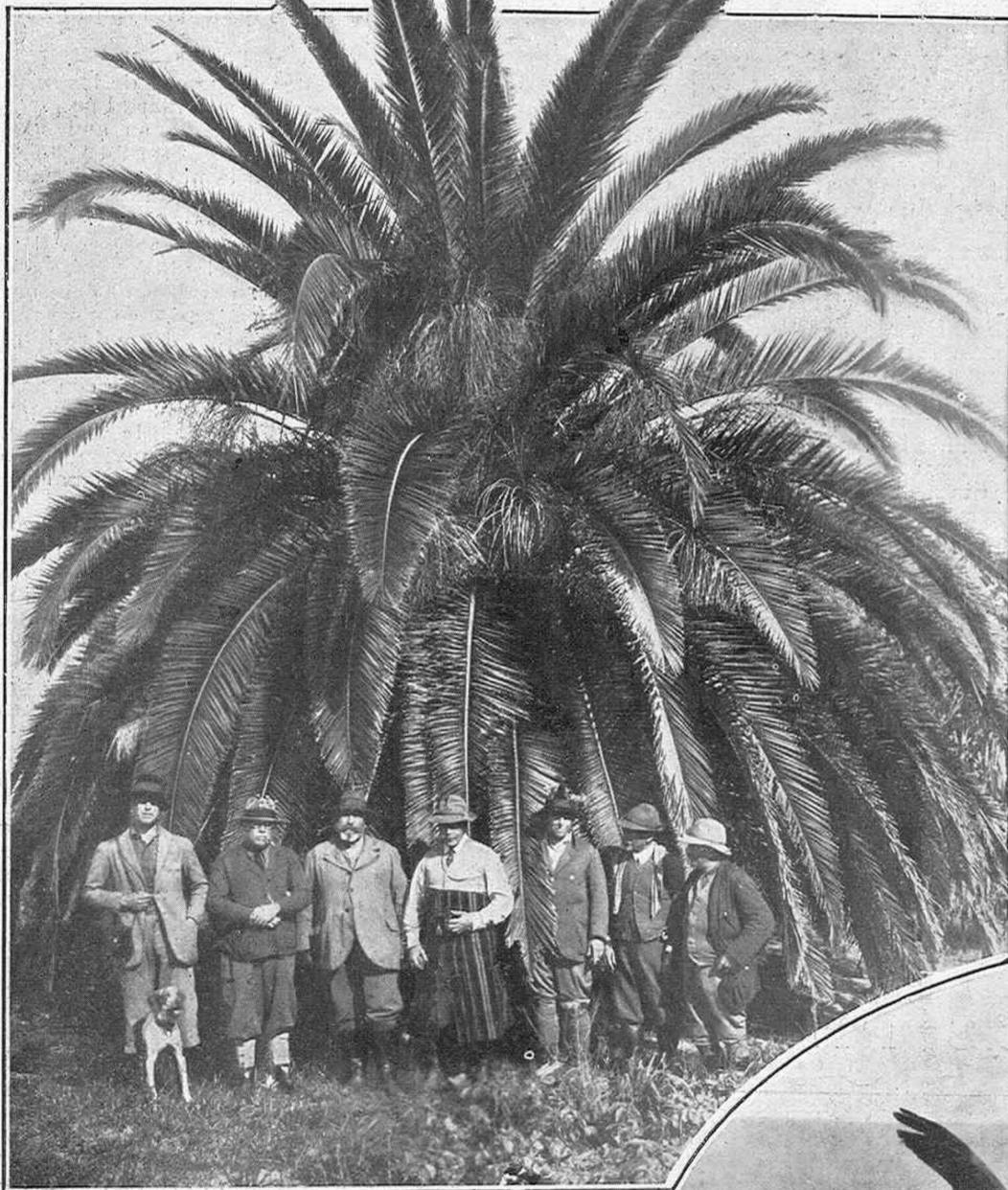
¡Señor! A tu siervo permite que viva
en esta campiña lejana,
al lado del agua que llora cautiva
y ensombra la verde, la bíblica oliva
cristiana...

¡Señor! Y á mi muerte, su sombra piadosa
me dé la dorada arboleda;
la caja que guarde mi cuerpo en la fosa
me den con su rubia madera olorosa
los pinos de seda...

PEDRO IGLESIAS CABALLERO
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LOS DEVOTOS DE
SAN HUMBERTO

UNA CACERÍA EN DOÑANA



NUEVAMENTE la actualidad cinegética tiene el nombre de Doñana. De nuevo los episodios pintorescos, los lugares pródigos de caza, la alegría jocunda de las monterías aristocráticas, es evocada con motivo de las proezas venatorias del duque de Tarifa y sus invitados.

El Coto de Doñana, famoso en el mundo entero, tiene una historia brillante, una grandiosidad sin igual. Fué creado por el primer duque de Medina Sidonia que inauguró las cacerías regias cuando apenas se usaban las armas de fuego, mandándolas reses con ballestas, y en casos aislados y rarísimos los ánades con arcabuces.

De las sierras de Medina Sidonia se llevaron las veinte primeras colleras de venados que se soltaron, como también corzos, monos y camellos. Pero muchos de ellos murieron y otros desaparecieron, pues no se aclimatan á aquellos terrenos ó no encuentran alimentación apropiada. Únicamente los venados, jabalíes y, últimamente, los gamos (llevados allí por el actual propietario, duque de Tarifa) son los que se aclimatan y multiplican con facilidad, dándose el caso de que el actual poseedor del Coto quiere ahora exterminarles, porque existe cierta incompatibilidad con los venados principalmente.

Atravesó el Coto una época de decadencia que culminó con su explotación y monopolio de una Sociedad constituida exclusivamente por ingleses, quienes la disfrutaron muchos años hasta adquirirla el duque de Tarifa.

Un grupo de cazadores bajo una palmera.—El conde de Campo Rey «roba» perdices al conde de Artaza.—El conde de Artaza en su puesto de anares.—Los cazadores camino de los puestos, atravesando un cerro de arena



En la temporada actual se han dado dos cacerías. En la primera se cobraron cincuenta y nueve reses en dos días, con asistencia de ocho escopetas, y en la segunda, que fué á caza menor, los fuertes temporales que en determinados tiempos reinan en el Guadalquivir inundaron todas las marismas, obligando á los cazadores á perseguir ansares en arenales tan inmensos como no existen otros en España, circunstancia que da un solemne mentís á los propaladores de ciertas teorías tristemente modernas en España, del abandono de los cotos por los poderosos, en beneficio de los des-



El conde de Peña Ramiro, con un lince cazado por él.—El conde de Artaza en un ojeo á perdices.—Merienda en el «Puntal».—Pepe Pan en un pnesto de ansares (las piezas cobradas, sujetas por el cuello á estaquillas, sirven de cimbeles)

heredados de la fortuna. Si éstos tuvieran que resolver sus problemas con el producto de ciertos terrenos dedicados á la caza en España bien pudieran preferir los vírgenes bosques de América, antes que sembrar en estas marismas amenazadas de inundaciones frecuentes ó en estos arenales infecundos donde el viento sepulta hasta los pinos más corpulentos.

Asistieron á la última cacería el duque de Tarifa, marqués del Mérito, conde de Peña Ramiro, conde de Artaza, conde de Campo Rey, D. Ignacio Urcola, D. Ricardo López Carrizosa, el Sr. Iglesias y D. José Pan Alberto, cobrando gran número de ansares, perdices, conejos y un lince hermosísimo que mató el conde de Peña Ramiro.

Pepe Pan, tan hábil en el manejo de la escopeta, como en el de la máquina fotográfica, disparó muchos tiros certeros y muchas bellas placas. Algunas de ellas están á la vista. Graciosamente oportunas, como la del conde de Campo Real aprovechando la «espera» del conde de Artaza para escamotearle unas perdices; otras artísticas, como la de la merienda en el *Puntal*, cerca de un árbol centenario muy bello de línea; otras de grata recordación para los cazadores, como el grupo de ellos bajo la gigantesca palmera del palacio del duque de Tarifa.

DEL PAÍS DEL ABANDONO

(CUENTO DE NOCHEBUENA)

FORMABAN los marqueses de Santafé un matrimonio tan benévolo y caritativo, que hasta los más antiraristócratas del pueblo donde tenían la casa solariega los respetaban, mientras que todos los demás amabanlos como unos buenos hijos aman á unos buenos padres.

Se casó doña Engracia á los veinte años con don Eduardo de Mendoza, y cuatro más tarde había tenido dos niñas. La una, Mariquita, contaba á la sazón cinco años, y seis Carmencita, su hermana.

La noche del 24 de Diciembre de 1921 la marquesa deseó, como en los años anteriores, reunir á los más allegados de la familia para celebrar en cariñosa compañía la cristiana fiesta de la Natividad.

Las diez de la noche daba un vetusto reloj en el gabinete donde estaban las niñas, y éstas fijábanse en su esfera como anhelando con las miradas apresurar la marcha de las agujas, cuando la doncella de la señora acercóse algo misteriosamente á la marquesa y le rogó que se dignase seguirla.

La dama no titubeó en hacerlo, suponiendo que de algo grave se trataba; y cuando estuvieron solas y fuera del gabinete, la doméstica dijo á la señora:

—Mi marido acaba de encontrar al pie de la escalera una esportilla, y dentro de ella, envuelto en raído pañuelo de lana, un hermoso niño recién nacido.

—¿Quién lo ha puesto allí?—preguntó turbadísima la marquesa.

—Eso es lo que él no sabe—fué la respuesta.

—Tráelo en seguida.

Obedeció la doncella, y en breve pudo confirmar doña Engracia tanto lo hermoso del niño como lo pobre de la envoltura.

—Si la señora marquesa no dispone otra cosa, mi marido puede llevarlo ahora mismo á la Inclusa, y cuando vuelva el señor marqués, como si nada hubiese pasado.

—Donde va á ir tu marido sin pérdida de tiempo es en busca de un biberón.

La criada, aunque algo mohina á causa de ver su *proposición desechada*, apresuróse á cumplir lo que se le había ordenado.

Poco después bajaba de su automóvil el marqués y subía la escalera, llevando en la mano una elegantísima bombonera.

—Mira el lindo regalo que te traigo—dijo á su esposa.

—Pues mira el que yo te presento—replicó la esposa, mostrándole el niño, que en aquel momento despertaba y extendía los bracitos, quizá como deseando alimento ó pidiendo protección.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó sorprendido don Eduardo.

—Casi esa misma pregunta hice yo á Margarita, y ella no sabía más sino que su marido se lo había encontrado al pie de la escalera. Por caridad, y recibido la misma noche en que el Niño Jesús nacía en un miserable albergue, lo he acogido como á un *peregrinillo* librándolo de la muerte que pudiera haberle ocasionado el hambre ó el frío.

—Pues no como un peregrino, sino como un hermano de nuestras hijas deseo yo que lo sea.

—¡Dios, que no puede hablarnos con palabras, nos habla con inspiraciones! Lo mismo que tú has pensado, había pensado yo—repuso la marquesa, abrazando á su esposo.

En esto había llegado la doncella con el biberón, que llenó de purísima leche (hoy, por lo general, bastante impura); lo aplicaron á los labios del humano *bebé*, que lo bebía *fruciosamente*.

Convino en seguida el matrimonio cambiar la esportilla que servía de lecho á la criatura por una elegante cesta de dorados mimbres; el bato envoltorio, por limpias telas de abrigo y otras de Holanda, que de sábana hacían las veces, y teniendo por colchoncillo un bien mullido cojín de seda.



Bajo este rico aspecto se propusieron los cónyuges presentar á las niñas el nuevo hermano.

El marqués entró en el gabinete donde ellas estaban, y poniendo la bombonera sobre la piedra-mosaico de un velador, besó á ambas, que de un salto se le habían arrojado al cuello en cariñoso filial enlace.

Luego dirigiéronse á la bombonera, no ya con el afecto de hijas, sino con la curiosidad de niñas, así como con el deseo de admirar el contenido y saborear después el contenido.

—A eso no se toca—dijo el padre—hasta que vengan los abuelitos y se celebre la cena. Son buenos y apetitosos dulces; pero comiéndolos ahora perderíais las ganas de cenar, y la esperanza que tenéis en este momento de poderlos saborear dentro de poco. El gran regalo que os espera es el que va á traeros vuestra madre.

—¿Una muñeca?—preguntaron á la vez y expansivamente las dos niñas.

—Un muñeco—añadió el marqués—; pero de carne y hueso.

—¿Vivo?—exclamó Mariquita.

—Vivo—replicó el padre.

Y tocando un timbre, apareció en el gabinete la doncella.

—Ya puede usted traer eso—ordenó don Eduardo—; y ruéguele á la señora que no retarde su ausencia.

Cinco minutos no habían pasado cuando ya todos se hallaban reunidos en el gabinete.

¿Cómo describir la alegría, la sorpresa y las emociones de ambas niñas ante aquella criatura que de nuevo se había dormido, y que ni aun besarla se les permitía, á fin de no turbar tan apacible sueño?

—Ustedes eran dos niñas solas—dijo el padre, rompiendo un breve silencio—; era preciso que hubiera un *hombre* en la casa; y tanto vuestra madre como yo, nos apresuramos á pedirlo.

—Yo vine de París de Francia hace cinco años. ¿No es cierto, mamá?—preguntó Mariquita.

—Ciertamente—respondió la marquesa.

—Y yo de Roma, que es donde está el Santo Padre—añadió la hermanita.

—No cabe duda—dijo el marqués.

—Y ¿cómo se llama?—volvió á insistir la primera.

—Aún no tiene nombre—replicó doña Engracia—. Pero si tu papá lo permite, le pondremos Jesús, en memoria de aquel otro Niño que por la voluntad de Dios bajó á la tierra, y cuyo Nacimiento esta noche vamos á celebrar.

—¡Sí, sí!—exclamaron á la vez María y Carmen. Pero la curiosidad de la segunda no se pudo contener, condensándose en esta nueva pregunta:

—¿Y de dónde ha venido nuestro hermanito?

—De un país muy triste, muy lóbrego y muy frío. Del país del Abandono—exclamó la marquesa.

José CARLOS BRUNA

DIBUJO DE ECHEA



UN BUEN CONSEJO

La vida del teatro, lo que se imaginan misterios picarescos, aventuras apasionadas de bastidores, tienen para la mayoría del público un incentivo especial de curiosidad y un encanto donde entra por mucho sentimientos fantásticos. Y, sin embargo, los cómicos viven su vida al otro lado del telón dentro de las normas habituales y los senderos conocidos de quienes no practican esa profesión deslumbradora.

ALEJANDRO LARRUBIERA

escritor de bien probadas dotes de novelista y dramaturgo, conocedor á fondo de la vida íntima de los escenarios, descubre el telón «hacia adentro», es decir: descubre las pasiones verdaderas, los sentimentales conflictos de quienes viven de fingir estados de almas ajenos frente á la luz de las baterías. Esta novela del ilustre escritor se titula

EL HECHIZO DE LA FARÁNDULA

y la publica en la presente semana la magnífica revista

LA NOVELA SEMANAL

ilustrada por un ingeniosísimo dibujante, que es á la vez un merifísimo actor de comedias y de operetas

MARIANO OZORES

Creemos, por lo tanto, dar un buen consejo á nuestros lectores recomendándoles especialmente la lectura de la novela de **ALEJANDRO LARRUBIERA**

EL HECHIZO DE LA FARÁNDULA

que publica espléndidamente ilustrada por **OZORES**

LA NOVELA SEMANAL

y se vende al precio de 25 céntimos en toda España

CÁNDIDAMENTE...

La pareja descendía amartelada, en una ausencia de realidades borradas por interiores fervores, el amplio paseo, en el crepúsculo de la gran ciudad. Una neblina gris, hecha de polvo y vaho de calles recién regadas, acardenalábase con las luces artificiales que se iban encendiendo, y les envolvía en una vaguedad acorde á su vago sentir de afirmaciones, propio de enamorados. El amor parecía guiarles, aislarles y exaltarles, todo á una. Para ellos aquel amor, *su amor*, era la única razón de ser. Para él vivían y de su cantera inextinguible extraían todas las ilusiones... «Cuando nos casemos... Cuando tengamos nuestra casita... El día en que yo ascienda y podamos arreglarlo todo... El día que tú asciendas y mamá se deje convencer...» Tal siempre el tenor de sus pensamientos y tal el de sus palabras.

Los dos eran empleados: en un Banco, como pagador, él; en una casa de Banca, como mecánografa, ella.

Hacían buena pareja; tal vez un poquillo desgarbado, demasiado alto y miope, él; muy bonita, con una belleza buena, cándida, de *Gretchen*, ella—ojos verdes, cutis fino (aquí viene bien el simil de la leche y las rosas), facciones puras y grandes ojos azules, cándidos y soñadores, sombreados por los bucles leves y melosos—. Los dos vestían con modestia; en el varón, un poco descuidada ó mejor cuidada con exceso en un afán de disimular la lucha por la conservación de las prendas mustias y raídas; en la muchacha, más graciosa con un punto casi imperceptible de coquetería.

Todas las noches, al salir de sus oficinas respectivas, reuníanse, y ya juntos vagaban por las calles, paseando su pobre idilio á la luz de los reverberos de gas.

El le hablaba apasionadamente, con un fervor tierno y lleno de caricias, con una dulzura ardiente, contenida en su humildad de adoración. Inclinado desde su altura sobre el hombro de la amada, iba vertiendo en su oreja, leve y graciosa como un caracol marino, su afán de cariño, su sed de amor. Algunas veces apoyábase en su brazo y era como un niño que paseara con su madre. Entonces ella, con ese divino don de maternidad de todas las mujeres, sabía sonreír y hallar la palabra oportuna.

En torno á ellos la vida de la gran ciudad rodaba con su trepidación sorda y amenazadora. Pasaban raudos los *autos* con estrépito de bocinazos y rugir de sirenas; los chorros de luz de los faros tenían la intermitencia cegadora de un surtidor, y en la confusión de ruidos y de luces, una multitud hórrida iba y venía presurosa, confusa, mareante.

Era la hora de la salida de los Bancos y los almacenes, y el público denso, pesado, unas veces alegre y ruidoso con exceso; otras, torpe y aturdido, con ese aturdimiento de quien, encerrado mucho tiempo en una habitación oscura, se



encuentra de improviso en plena luz y pleno aire, iba, seguía paseo adelante, se alejaba del centro, tornándose más claro, más espaciado y por ende más sereno en ausencia de nerviosidades.

Sin darse ellos mismos cuenta acertaban el

paso, y sus palabras tomaban una diafanidad ungida de arrobo casi místico.

—Mira—decía—. Pronto será; hoy, sin ir más lejos, el jefe me ha dicho que está muy satisfecho de mí, que hay que ir pensando...—Hizo una pausa y prosiguió:—Si me ascienden antes de fin de año, habrá que hablar á tu madre. Puede que tuerza el gesto; al fin, qué le va á hacer, cederá. En un principio viviremos muy modestamente; pero..., ¡bah!, juntos, no importa; luego...

El paseo iba quedando desierto. En la confusión de luces el asfalto era como un río gris y reluciente. De tarde en tarde, un automóvil cruzaba raudos.

Aventuráronse á atravesar. Casi en medio del andén central paróse él á soñar aún:

—Mira, nenita; para empezar buscaremos una casita alegre que tenga mucha luz y mucho sol y mucho aire. Tú llevarás tus pájaros y tus flores...

No le oía. Veía descender por el paseo un *auto* enorme. Sus faros se encendían y apagaban con pestaños de ojo irónico. Obsesionada, alucinada, le veía llegar, echarse encima. El nada notaba; su amor le vendaba los ojos.

—Más adelante...

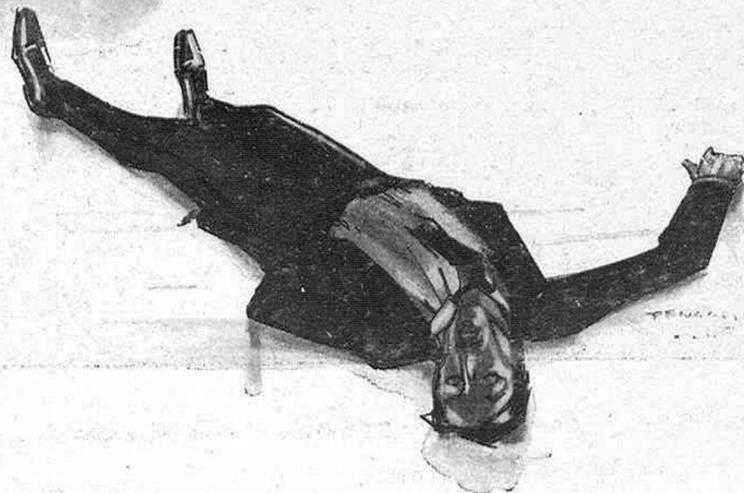
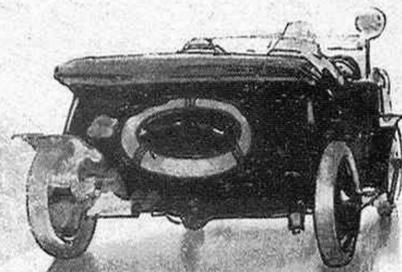
Dió un paso sin que ella hiciese nada para detenerle, y el coche se echó encima. Entonces la mujer dió un paso atrás, mientras le dejaba desplomarse en la muerte.

El artefacto se detuvo. Hubo gritos, carreras, exclamaciones de angustia...

Ella permaneció un momento contemplándolo con sus pupilas azules, frías, indiferentes, y luego, despacio, alejóse y se perdió en las sombras, entre los árboles.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJOS DE PENAGOS



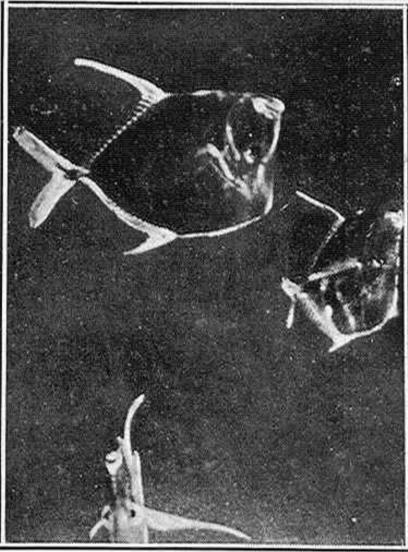
LA PINTURA FLAMENCA



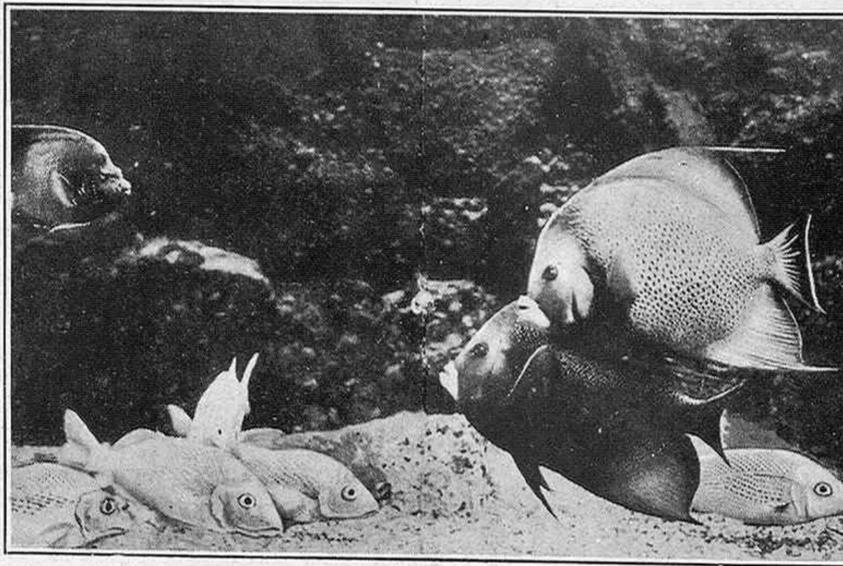
LOS DESPOSORIOS DE SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

Cuadro original de Jacobo Jordaens, que se conserva en el Museo Nacional del Prado

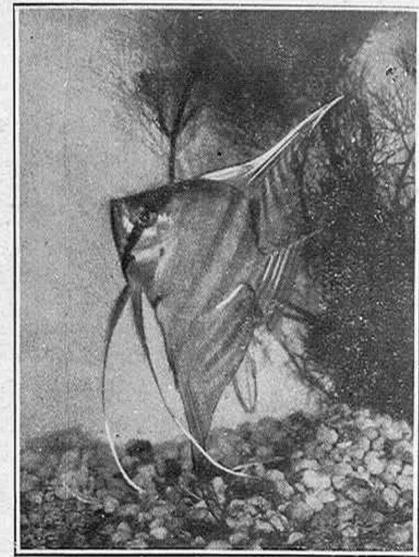
LA VIDA EN LAS AGUAS



Pez luna

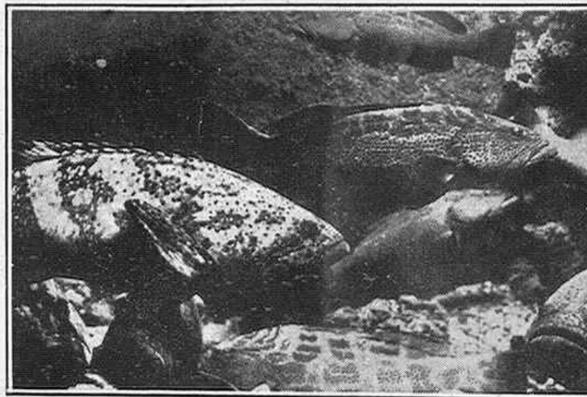


«Angeles negro» de las Antillas



Media luna del Brasil

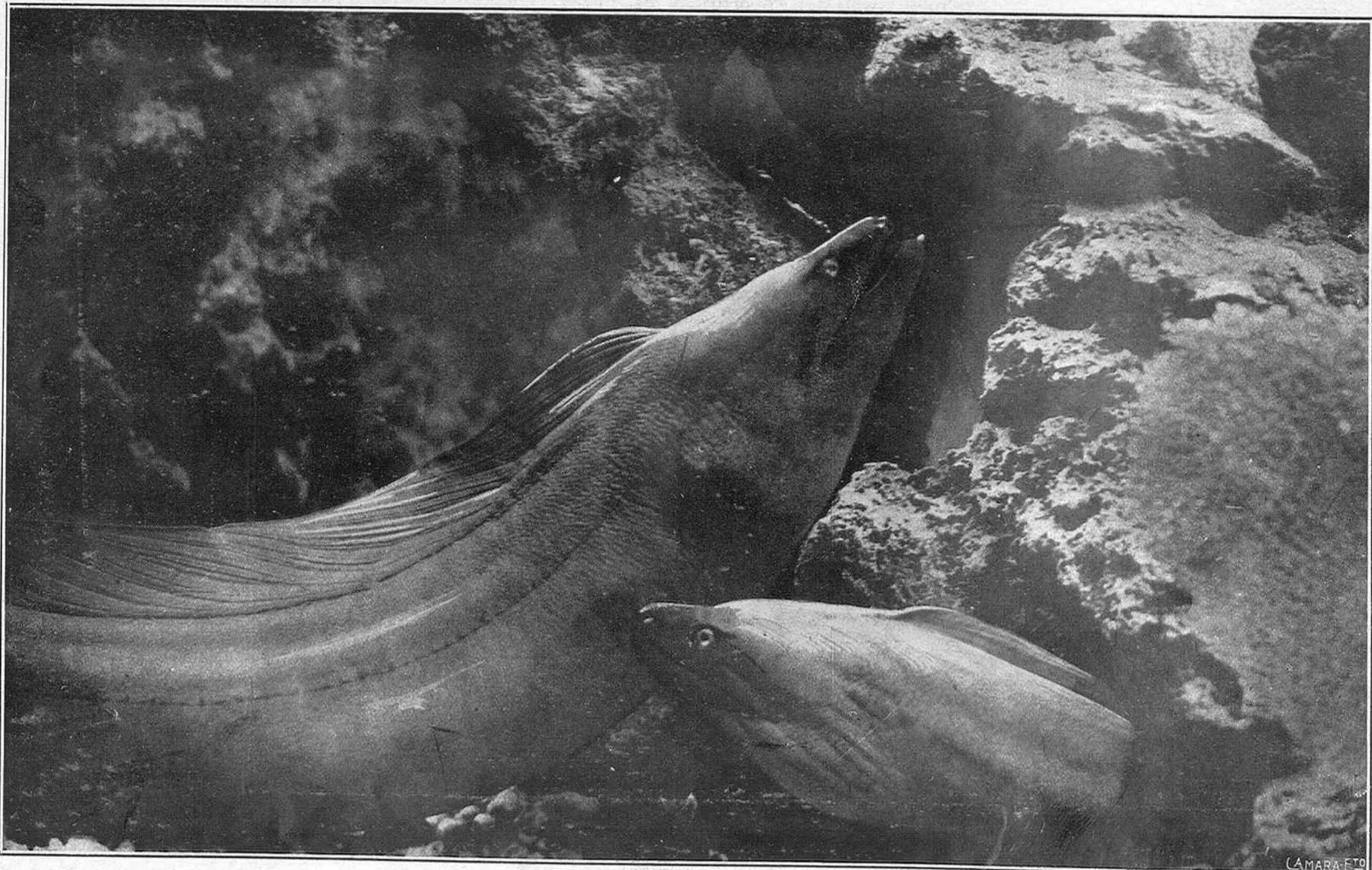
UNA de las grandes curiosidades científicas de Nueva York es su Acuario, erigido en 1896 sobre un islote próximo a *Battery Point*, en la isla de Manhattan. En Europa sólo podría competir con él por la riqueza de sus colecciones el Acuario de Nápoles; pero el establecimiento norteamericano aventaja al italiano en dimensiones y en perfeccionamientos de instalación. Su director, Mr. Charles Haskins Townsend, es un sabio de reputación universal. Bajo su impulso y con la ayuda financiera de la Sociedad Zoológica de Nueva York, de la que depende el Acuario, ha ampliado considerablemente su programa, recibiendo en sus depósitos des-



Un hermoso grupo de peces en el Acuario de Nueva York

de los pescados más diminutos hasta los tiburones de tres metros de longitud capturados en el Océano por los buques-viveros propiedad del Acuario. Una bomba potentísima lleva al establecimiento desde alta mar, ó sea desde el punto en que no puede existir por gro de contaminación, el agua necesaria para el sostenimiento de las especies durante largos períodos, no obstante el cautiverio á que se hallan sometidas.

Las adjuntas fotografías, tomadas en dicho Acuario por Mr. Elwin R. Sanborn, se refieren á algunas de sus principales instalaciones. En ellas puede apreciarse perfectamente la vida de las aguas.



Grandes anguilas verdes (*Lycodontis funebris*)

CAMARA-FOTO

EL CASTELLANO EN FILIPINAS

Un grupo de ilustres escritores, peripatéticamente congregados, de banquete en banquete, bajo la común denominación de P. E. N., y algunos distinguidísimos periodistas, en primer término Castrovido, han comentado, con la entonación elegíaca que corresponde al próximo sensible episodio, la proscripción de la lengua castellana decretada por el Gobierno norteamericano, en Filipinas, para las doce de la noche del último día de este año.



Un ejemplar de los ahetas pobladores de la zona Norte de la Isla de Luzón

rís, que contra los más elementales axiomas del procedimiento jurídico, y no obstante el carácter eminentemente profesional, en este respecto, de la plenipotencia española—presidida por legítima gloria del Foro—incluyó en la sentencia cosas y casos—y millones de seres humanos—no comprendidos en la litis!

Pero bueno es advertir á cuantos lo ignoran—la inmensa mayoría de los españoles—que como realidad histórica el próximo ukase de los Estados Unidos carece casi en absoluto de importancia: porque en Filipinas apenas se hablaba el castellano.

Puedo afirmar, con todo el valor de un testimonio de presencia, con relación á los años 1891-94, durante los cuales residí en la capital del Archipiélago; recorrí varias provincias de Luzón; visité algunas otras islas; recibí el título de bachiller en San Juan de Letrán, Instituto oficial á cargo de los jesuitas; estudié tres cursos de la carrera de Derecho en la Universidad Real y Pontificia de Manila, regentada por los agustinos, y viví en la mayor intimidad, no sólo de sentimientos igualitarios, sino de convicciones políticas, con lo más distinguido y lo más popular de la juventud filipina de aquella época, que entonces limitaba sus reivindicaciones á reclamar la representación en Cortes, que ya habían tenido—aunque creo que sin llegar á hacerla efectiva—durante



Tipos malayos que mejor conservan las características de la raza

las gloriosas Constituyentes de Cádiz, y á que los sacerdotes indígenas participasen, siquiera en proporción mínima, de las parroquias.

Fuera del mundo oficial y de lo que vulgarmente se denomina alta sociedad, el castellano era en aquella época en Filipinas—y no es de suponer que se difundiese gran cosa durante los restantes cuatro años de dominación española—casi totalmente ignorado.

Desde que Magallanes añadió á la corona de Carlos I dominios tan espléndidos—durante cuatro siglos—no logramos propagar el idioma—el más fuerte instrumento de asimilación, el más recio lazo espiritual que puede unir á los pueblos—permitiendo, por el contrario, que una multitud de dialectos, más ó menos conexos con el tagalo, y aun de lenguas totalmente extrañas á éste—de no haber bastado la altivez del sentimiento de raza y el sentido despótico y burocrático de nuestra colonización oficial—mantuviesen en el más absoluto aislamiento el elemento peninsular y el indígena.

Verdad que á la ignorancia del castellano por los naturales—que, lejos de corregirse, fué siempre estimulada—correspondía el desconocimiento del Archipiélago por los españoles. Territorios inmensos de algunas islas, como Mindanao, mantuvieron prácticamente su independencia. Jamás se supo el número exacto de islas, ni la extensión de muchas de las, aunque parcial y lentamente, exploradas; ni, por consecuencia, hubo verdadero censo de población. Un avance estadístico, que jamás intentó formalizar nadie, acusaba en conjunto siete millones y medio de habitantes. Pero, ¿y los moros de Mindanao y Joló, y las zonas ignotas de las Visayas, y las regiones vírgenes de la propia isla de Luzón, dominadas por igorotes, ahetas y otras variedades ó tipos insumisos de la raza autóctona, gentes sumidas aún, en las postrimerias del siglo XIX, en las más primitivas civilizaciones?

Nada más estéril que la permanencia de los españoles en aquel Archipiélago—el mismo, según algunos historiadores, que Ptolomeo denomina islas Barusas—ofrecido á la corona de España por el portugués Magallanes, muerto en combate contra los naturales de la isla de Maktan—26 de Abril de 1521—á los dos años escasos de zarpar de Sanlúcar de Barrameda—10 de Agosto de 1519—acompañado de Sebastián de El Cano, con los cinco veleros que puso á sus órdenes el César: *Trinidad, San Antonio, Victoria, Santiago y Concepción*.

Cedido al Rey de Portugal por el Emperador—más atento á los negocios de Alemania que á España—y dominado después, para Felipe II, por Miguel de Legazpi y el agustino fray Andrés de Urdaneta, que con tal objeto zarparon de Méjico en 1564, en expedición organizada por el virrey don Luis de Velasco, ni siquiera nos preocupamos los españoles, durante cerca de cuatro siglos de permanencia, de estudiar—salvo contadas excepciones, como, por ejemplo, el sabio antropólogo don Manuel Antón, que, afortunadamente, aún vive—el origen y desenvolvimiento de aquella raza, en su mayoría malaya, pero con singularidades tan dignas de observación especial como los ya citados ahetas, en la zona Norte de la isla de Luzón, que algunos, fundándose en los estudios anatómicos del profesor Flower—citado en la *Antropología*, de Edward B. Tylor—estiman resto de un primitivo tronco humano—el mejor tipo negro—los andamanes, pobladores de las islas de este mismo nombre, que, en forma de línea, se extienden por el mar de Bengala.

Aquella Exposición celebrada en el Parque del Retiro, en Madrid, en 1886, á iniciativa de Balaguer, donde en lugar de frutos de cultura y trabajo se exhibían las más prehistóricas costumbres antropológicas, delatorias del origen inoble de la especie, debió avergonzar á los peninsulares, si aquí hubiésemos tenido de la colonización mejor concepto que la pernada y la rapina: al cabo de cuatro siglos de soberanía—1521-1898—nos recreamos en la contemplación de minúsculas viviendas, verdaderos nidos de pájaros, en las copas de los árboles. Fué el más expresivo testimonio de nuestra ineptitud como instrumento de progreso. ¿Para qué necesitaban el castellano aquellos infelices, si un grito inarticulado les era suficiente para con-



Madre é hija malayas

gregarse á la defensa común ó ahuyentar á la fiera?

Y no se atribuya la ignorancia del castellano á hostilidad de raza, que jamás la hubo más dócil y amorosa con sus dominadores; ni á repulsión al idioma político, que estimaban muestra de distinción usar, hasta en la intimidad de sus hogares, los pocos filipinos que le conocían. Menos aún puede atribuirse, en general, á nativa incapacidad el bochornoso estado en que mantuvimos los españoles á un país donde, á la fecha de nuestra expulsión insospechada—obra, más que del imperialismo norteamericano, de la deslealtad de nuestros pactos—, Biacnabactó como el Zanjón—y de ciertas supervivencias de Torquemada—se destacaban con propio y sobresaliente valor tagalos de tan extraordinaria mentalidad como don Cayetano Arellano, profesor de Derecho civil en la Universidad de Manila; el pintor Luna Novicio, autor del *Expoliarium*; el financiero don Pedro Rojas; Rizal—fusilado el 30 de Diciembre de 1896—, médico, novelista y poeta; Isabelo de los Reyes, escritor político, requerido en diversas ocasiones por Moret—que no podía emparejar sino con gigantes—é innumerables mestizos de tanta valía como el médico Nalda, y Aguilar, el caballero jefe de Estado Mayor de nuestro Ejército.

Como asimismo es justo exceptuar de la general condenación contra nuestra burocracia ultramarina—único instrumento de colonización de que, con militares y frailes, se sirvió España en aquel Archipiélago—algunas individualidades de talento, cultura y, sobre todo, austeridad ejemplar, así en su conducta privada como en el desempeño de altos cargos, tales que D. Angel Avilés, hoy senador y académico de Bellas Artes, y Alguien—muerto hace muchos años—, cuyo recuerdo pudiera interpretarse en mi orgullo heráldico.



Artístico Itatuaje de un isleño de las Carolinas

LA MODA FEMENINA

(DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL)

Paris, Diciembre de 1922.

Oí, la *bonne nouvelle*, mi admirable amito!...

A tal punto me ha complacido su carta de hoy, que doy por bien empleado todo lo anteriormente sufrido.

Jamás se ha mostrado usted tan cordial, tan sincero... ¿Me permite que diga tan humano? Ahora es cuando realmente siento que se ha establecido entre nosotros una relación de amistad. Hasta aquí debe usted de confesar que mostró un excesivo afán de criticar mis actos y ocultar los planes propios y hasta el sentir. Desde hoy, estoy convencida de que todo variará, y que la paz de una perfecta comprensión reinará entre nosotros. ¿Con que tan acertada le parece mi decisión, luego de meditada, que se halla tentado de seguir mi ejemplo? Y... ¿quién es ella? ¿Puede saberse ya? Desde luego se toma usted más tiempo que yo para pensarlo. Lo único que espero es que no se trata de una pueblerina, de aquel amor rural que yo presentí sobre el que no quiso usted nunca satisfacer mi curiosidad. Yo no creo en la duración del amor entre personas de un criterio, una educación y una visión de la vida demasiado distintos. Usted, á juzgar por sus cartas, es hombre, si no de mundo en el sentido social de la palabra, acostumbrado á un trato que no es posible fuera comprendido, ni siquiera apreciado, por una mujer procedente de un medio tan disimilar como forzosamente ha de ser el de ella.

Existe un terrible peligro de sugestión en el ambiente que rodea á usted, y espero que no se dejará vencer por él. ¿No le parece que le convendría, á modo de antídoto, una visita á París? Esta es la hora de mayor encanto de la «dama



«Mademoiselle Bébé» necesita un trajecito para diario, y ¿qué más original que este modelo de lana esponjosa, color canario, bordado en «soutache» azul «nattler»?



El abrigo de esclavina y cuello grande orlado de piel, confeccionado de paño escocés, defiende á la nena del frío en su paseo diario y matinal



También necesita «Mademoiselle» un abrigo de lujo para teatro ó visitas, confeccionado «au charmeuse», color marfil, bordado en «soutache» del mismo tono, forrado y orlado de blanca piel

todos cuatro costados—, y no se forme criterios absurdos sobre lo que no conoce. Además, podría usted ayudarme á llevar á cabo esa transformación estética de que me habla, y cuya iniciación dice usted que corresponde á la mujer por medio del traje. A tal punto me ha convencido usted de la importancia de nuestra misión, como sostenedora de un ideal de belleza, que he perdido seguridad en mi propio criterio y en mi gusto indumentario. Y esto ahora, en que habiendo tenido á bien la tía Adelaida el adelantarme su regalo de Año Nuevo, acabo de incurrir en terribles dispendios.

Voy á describirle mis compras, y usted dirá si hice bien.

Primero, un modelo *semitailleur*, de esos que sirven tan admirablemente para ocasiones diversas, y que consisten en un trajecillo enterizo, de mangas estrechas y largas, ceñido al talle por unos pliegues, y á los que acompaña una pequeña levita de forma lisa, levemente ablusada delante, que da al conjunto un aire de severidad que no tiene el vestido en sí. Como la mayoría de estos modelos, el mío está confeccionado de crespón *georgette*, y es de color de miel, adornado de una orla de bordados orientales, en los que predominan los tonos verde, morado y azul. Como quiera que necesitaba un traje de noche, mi modisto me ha ideado uno original, pero un poco llamativo, consistente en una falda muy ampulosa, de terciopelo negro, y un corpiño bastante alto de talle y ligeramente plegado al cuerpo, de terciopelo color de rosa, sujeto por un cinturón y prolongado por un *panneau* de lo mismo, que interrumpen la excesiva negrura de la falda. El escote de este traje es completamente 1830.

Finalmente, he incurrido en el terrible despilfarro de adquirir una «salida de teatro», que ni siquiera cumple con su finalidad primordial, resguardándome del frío; pero que es de una belleza sencillamente enloquecedora. Figúrese una capa-abrigo de brochado, en el que se confunden todos los tonos del oro, desde el ámbar más pálido hasta el dorado patinado por los siglos, formando un diseño de flores, siempre en la misma entonación, y rematado por un enorme cuello y puños de piel de lobo ruso

de las capitales», y yo me encargaría de distraerle; hasta me atrevería á asegurar que, bajo mi dirección, rectificaría usted el juicio que el ambiente en que vivo le merece. Y si así no fuera, ¿quién duda de que encontraría usted otro más de su agrado?

Le veo, en imaginación, cayendo víctima de los atractivos de la vida frívola; trasnochando ó «madrugando» en el *Perroquet* ó *l'Abbaye Thalème*; pero aun siendo así, creo indispensable el cambio. Todo antes de que se deje cautivar para siempre en las redes de un matrimonio como el que le amenaza.

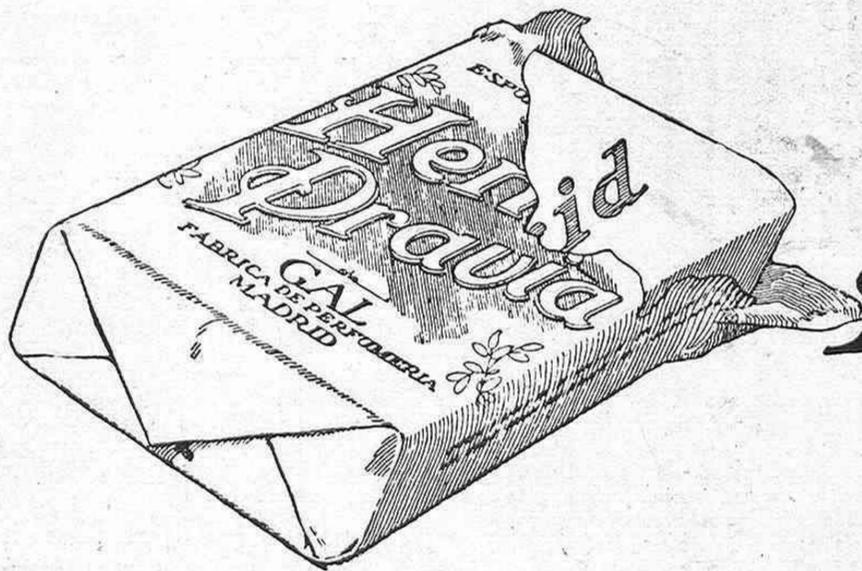
Venga, sí, mi buen amigo. Deje por un momento de ser tan netamente, tan ranciamente español—tengo entendido que lo es usted por



¿Que nos dicen las rayas de la mano?

En otros tiempos se pretendía leer en ellas el porvenir. En nuestros días, mucho más que esas rayas, lo que nos interesa y seduce es la suavidad,

la blancura y la fragancia exquisitas que el Jabón Heno de Pravia comunica á las manos que lo usan. Es el predilecto de toda persona de buen gusto.



Heno de Pravia

Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones de ningún género. Su inconfundible perfume se mantiene tan intenso al final como al principio de la pastilla. Si compra Vd. una caja de tres pastillas

observará, al consumir la tercera, que con el tiempo ha mejorado en dureza y fragancia. El fallo del público es unánime en reconocer estas buenas cualidades

1,50 ptas. pastilla.

Pídase en perfumerías y droguerías. - Perfumería Gal.-Madrid.

Inauguración importante

EL GRAN SALÓN DORÉ DE LA GRANJA ROYAL, EN BARCELONA



Días pasados se verificó con gran brillantez la inauguración del Gran Salón Doré de la Granja Royal, propiedad de D. Esteban Sala, situada en la calle Pelayo, 58. El nuevo Salón, que puede considerarse el mejor de Barcelona, está espléndidamente decorado en el hermoso estilo Luis XIV, con valiosos plafones pintados por el señor Utrillo, que recuerdan las escenas de Wateau. De tonos cálidos y oscuros, abundan los ocres y el oro viejo. El magnífico Salón es de gran capacidad, habiendo sido dirigidas las obras por el arquitecto señor Madurell, encargándose de la decoración los señores Utrillo y Andreu. Los invitados fueron obsequiados con un «lunch», durante el cual la orquestina de tziganes Planas interpretó varios trozos de «La Walkiria», «La Verbena de la Paloma», «Eva» y bailes de actualidad, y la señorita Rosario Ferrer cantó algunas canciones, que fueron muy aplaudidas. Todas las noches, á la salida de los teatros, acude á este elegantísimo Salón una selecta concurrencia, celebrándose brillantes «sopers dansants». También los tés se ven concurridísimos

Con la aparición de

ELEGANCIAS

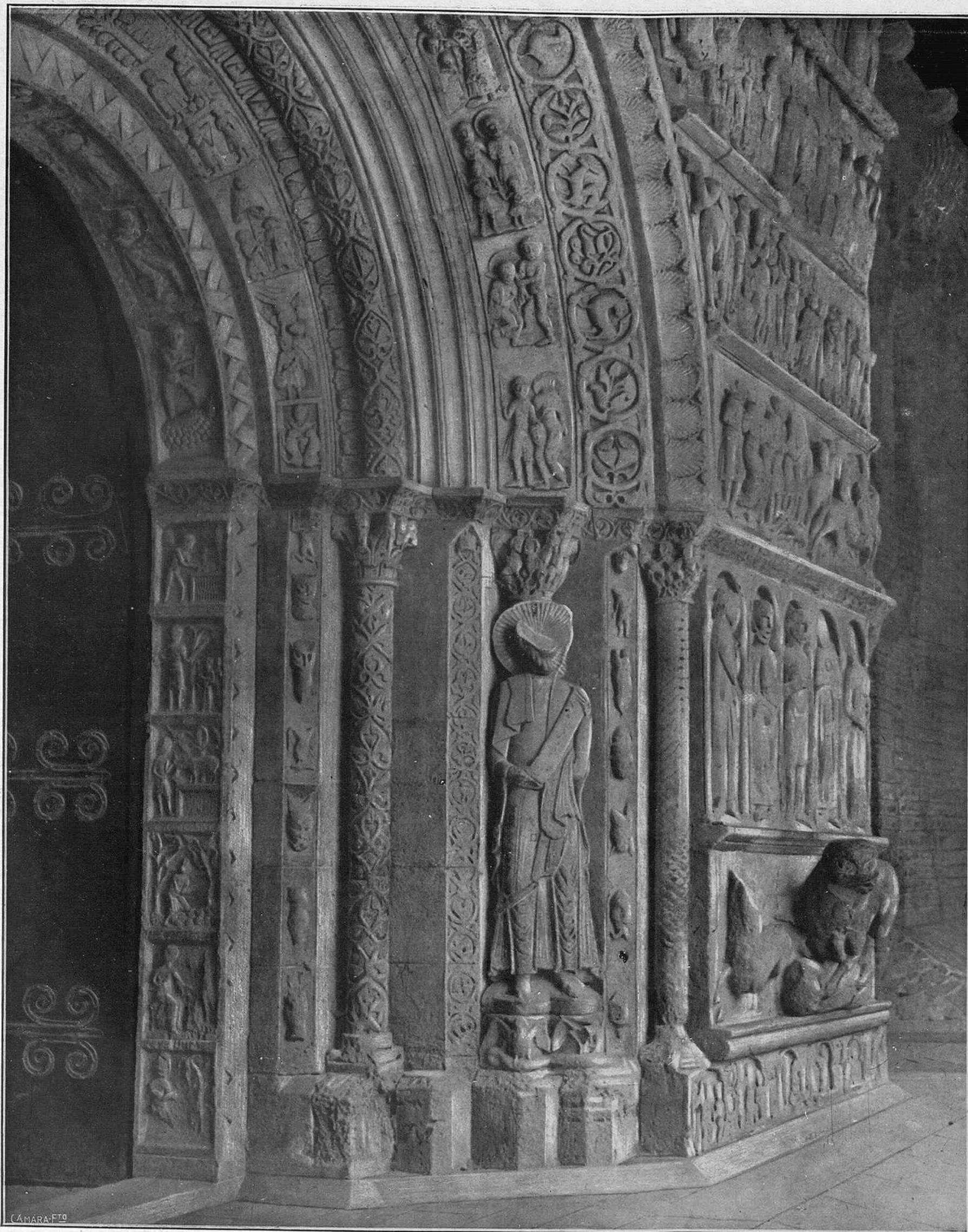
la mujer en general, pero muy especialmente la mujer hispanoamericana, contará con una revista de modas redactada en el idioma materno y confeccionada con los mejores elementos de ilustración que producen los centros creadores de la moda, que como París y Londres, imponen al mundo elegante el reinado de las creaciones de sus modistos.

ELEGANCIAS, primera y única revista de modas hecha en España con la amplitud de medios de los mejores centros editoriales del mundo, se redacta en París por especialistas en el arte de la moda; se confecciona é imprime en Madrid, en los talleres de Prensa Gráfica, y en su presentación como en su contenido llevará en cada número la nota de la suma elegancia, de la suprema distinción, de la mayor belleza.

Delegado especial de ELEGANCIAS en París:
Leo Merelo, 62, Rue Richelieu, Palacio de la
Agencia Havas. Empresa editora de ELEGAN-
CIAS: Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 57.
Apartado 571. Madrid



ESPAÑA MONUMENTAL



Fragmento de la fachada del Monasterio de Santa María de Ripoll (Cataluña)

FOT. CANO BARRANCO

LOS PENSIONADOS DEL PAULAR



«Horas de calma», cuadro de Manaut Viglietti



«Retrato de la señorita de Iturrioz», por Ricardo Bernardo



«El viejo altar mayor», cuadro de Manaut Viglietti

NUEVAMENTE encontramos las impresiones de paisaje que artistas jóvenes, pensionados por el Estado, realizan durante el verano en la Cartuja del Paular y sus alrededores.

Como en las exhibiciones anteriores, vaga fraternidad factual—agravada por la inevitable é involuntaria de los temas, de los lugares repetidos hasta la saciedad—parece pesar sobre el conjunto de las obras.

Pesa realmente menos que otras veces. Cier- to que en la lucha sostenida antes de visitar la Ex- posición, por nuestro desgano de curiosidad y el constante deseo de hallar nuevas afirmaciones é inéditas promesas, nos sentimos inclinados al pe- simismo y al desencanto; cierto que son muchos Claustros de la Cruz y del Tesoro, muchos Patios del Ave María, muchos cementerios viejos y dema- siadas interpretaciones del altar mayor, la sala ca- pitular y del estanque; cierto que se piensa sin querer en los otros jóvenes llegados an- tes con un manierista clisé á lo Mir en el pensamiento y no una emoción propia en el espíritu.

Pero debo apresurarme á decir que la Expo- sición actual es tal vez la menos influenciada de recuerdos de procedimiento y la menos contagia-

da por la mutua convivencia de inspiración y de trabajo.

No faltan los sitios ya empalagosos y empalaga- dos; se ve hasta qué punto ha fracasado un siste- ma, laudable en proyecto y peligroso al realizarse; se comprende cómo no es posible para lo fu- turo obstinarse en el pensionado colectivo donde se fijan de antemano los motivos pictóricos. Y sur- ge, clara, elocuente, la necesidad de rectificar para el año próximo el Reglamento, llegando, si fuera posible, á dejar á cada artista en plena libertad de acción. Libre de elegir su residencia veraniega, li- bre de pintar lo que le parezca, sin otra obliga- ción que presentar sus trabajos en una época de- terminada.

¿Se imagina cómo habrían de ser muy otras las exposiciones de los jóvenes artistas que buscaron aquella luz y aquellos temas más gratos á su temperamento para ir creando so- litaria y fecundamente su obra?

Y si es necesaria la intervención de un maes- tro inspector, *asesor*—no debe pasarse de aquí—de los pensionados, límitese cada año á una región; más aún: á una provincia, la re- sidencia de los pensionados para que su labor pueda ser controlada fácilmente.

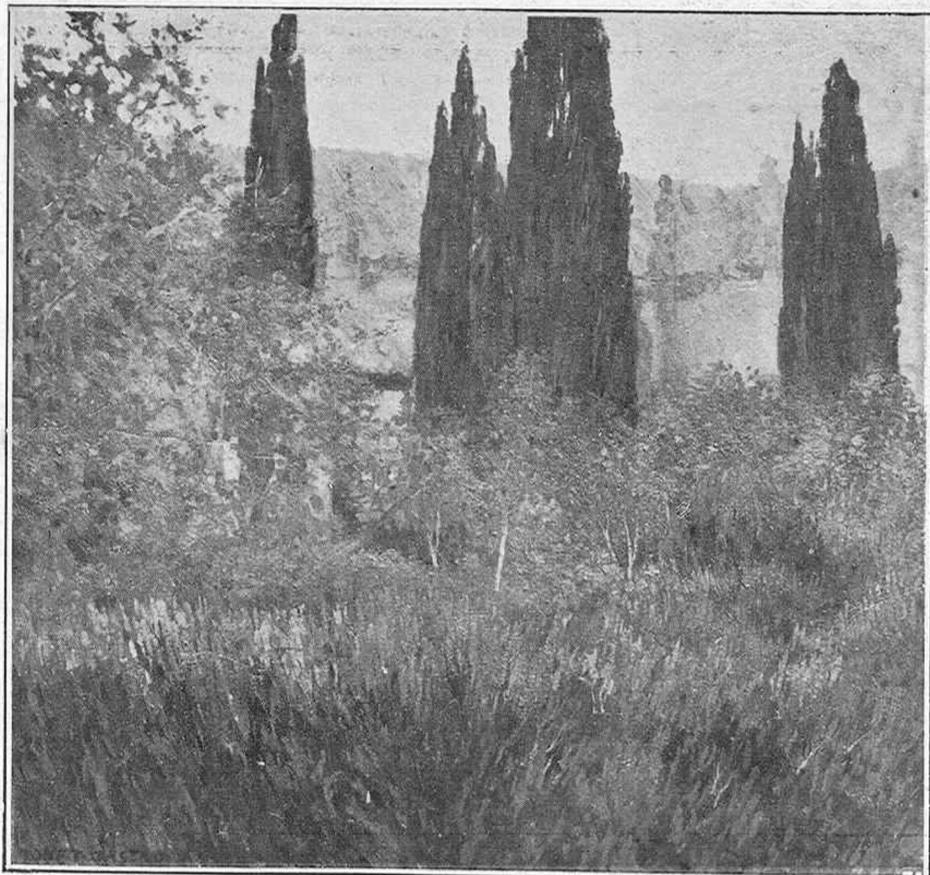
¡Todo menos continuar pintando el retablo vie- jo, y el Claustro de la Cruz y la laguna y el patio de Santa María!

ooo

La Exposición actual se compone de los envíos de siete pintores: Joaquín Roca, Joaquín R. Pei- nado, Manaut Viglietti, Sánchez Argüelles, Mora- les Alarcón, Ricardo Bernardo y Enrique Simonet Castro.

Morales Alarcón me parece el mejor destaca- do en el género que presupone el Reglamento de la pensión. El más libertado también de los tópi- cos paulares.

Pero no se dice con ello que le sean inferiores como pintores sus compañeros. Los retratos de Joa-



«Quietud», paisaje de Enrique Simonet Castro



«Venus» (nocturno), paisaje de Ricardo Bernardo

quín Roca y Ricardo Bernardo, por ejemplo, alcanzan también personales dotes de excelencia.

Es que Morales Alarcón expresa, sin acaso ninguna nota recusable, una seguridad temperamental de paisajista. Horas diversas, luces distintas, sitios opuestos ha ido contemplando y reproduciendo con sensible capacidad. Su conjunto abarca de ese modo gran amplitud y ofrece muestras bien definidas. Citemos *Interior del Monasterio*, tan finamente acordado, tan delicadísimo de gamas sutiles. *Estival*, que en la nota agria de los trigales halló un acento vibrante é insospechado en esta sinfonía anual de azules, violetas, verdes y rojos orquestada por sus compañeros. *Azul*, vigorosa impresión de aguas y piedras que al totalizarse después en el titulado *Ultimo sol* se diluye un poco. *Tarde*, el de una ligera identificación con lo que pudiéramos llamar «escolástico prejuicio de los paularistas»; pero más amplio de concepto, más hondo de visión, más feliz de resultado que los impresionismos y puntillismos adoptados sistemáticamente por otros.

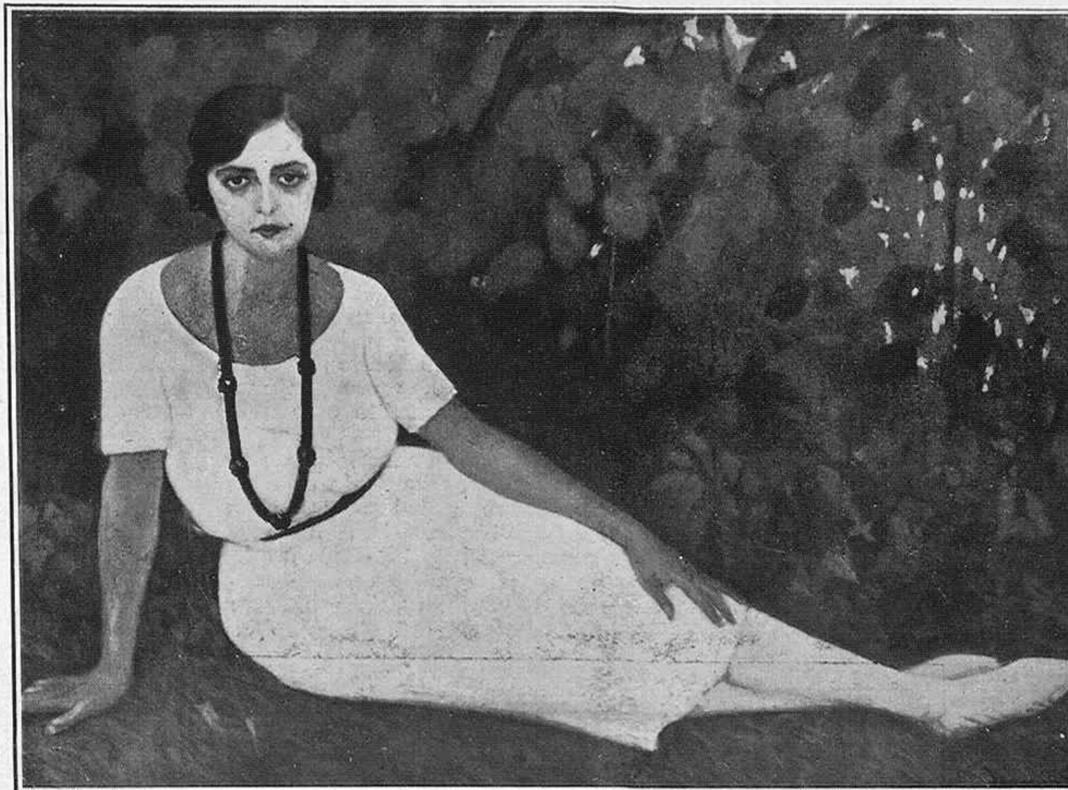
Joaquín Roca se afianza en sus sólidas cualidades de pintor. Tiene notas admirables—*El corredor blanco*, tan esplendoroso y atrevido; *Arroyo de Santa María*, original; *Prado de las ovejas* y *Majalrocín*—; pero su obra más importante, no ya por las dimensiones, sino por el logro capital, es el retrato titulado *En la huerta*.

Entre tantos errores—consecuentes de una laudable iniciativa—como supone la escuela veraniega de los paisajistas del Paular, no es el menor ciertamente el de desvirtuar condiciones pictóricas por empleo inadecuado de ellas. Así, Joaquín Roca, que es un futuro gran pintor—no olvidemos este nombre, porque le aguardan muchos y legítimos triunfos—, ha realizado en dos años consecutivos varios paisajes muy interesantes, muy notables; pero ha pintado preferentemente dos retratos, el de la señorita Ibáñez Marín y este de ahora, verdaderamente admirables. Sencillo, sobrio, de una graciosa y fértil alianza de concepto y de ejecución.

Como también lo es el retrato de la señorita de Iturrioz presentado por Ricardo Bernardo, en unión de dos dibujos y ocho paisajes.

Ricardo Bernardo es un notabilísimo pintor montañés, ya definido antes de ahora por cuadros como *Los piteros* y sanguinas de tan recio trazado y carácter como estas dos que exhibe hoy en su instalación particular.

Es, desde luego, figurista antes que paisajista, si hemos de atenernos á clasificaciones, después de todo un poco arbitrarias, teniendo en cuenta que un pintor debe saber hallar en su paleta lo mismo la exactitud cromática de un árbol, de una nube, de una ola que la de un rostro, una tela ó una bes-



«En la huerta», cuadro de Joaquín Roca

tia. Pero si prescindimos de la clasificación un poco arbitraria y de la exactitud cromática; si tenemos en cuenta aquella mejor fusión de las facultades visuales con las facultades sensoriales y sensuales, entonces la preferencia de Ricardo Bernardo por la figura no puede refutarse.

Justos y emocionados sus cuadros *Canchos de altura*, *Sala capitular* y *Venus* (literario hasta el título) no alcanzan, sin embargo, el valor pictórico del retrato de la señorita de Iturrioz, donde encontramos trozos como el del torso, que firmaría un maestro. ¡Inolvidable relación de valores aquella! ¡Sutilísimo y emocionable hallazgo de línea rítmica el de la mano del modelo, colocada de un modo delicioso!

En cuanto á los dos dibujos que representan, el uno al insigne poeta Enrique de Mesa, el cantor de la Sierra, y al *Hortelano de la Cartuja*, dan una prueba de gran energía constructiva.

Manaut Viglietti es el fogoso levantino de siempre. Por segunda vez afronta con la preparación luminosa de su Valencia las finas claridades, las delicadezas y matices suavísimos de la serranía castellana. Elige, por lo tanto, los temas fulgurantes, los vespéros encendidos, aquellas cálidas notas que le recuerdan la luz natal.

Se le adivina un poco descentrado en este me-

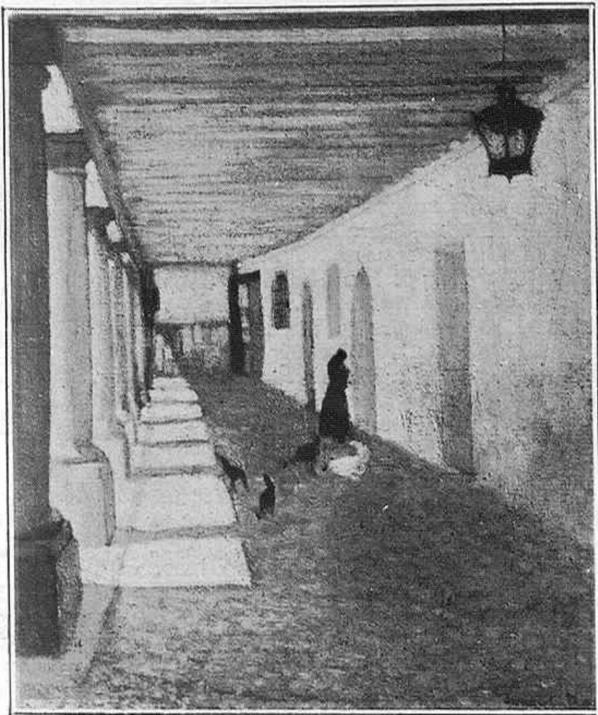
no impide que su autor haya sentido también ese envelado y tierno encanto de *El Pinar*; el vigor exultante de *Casas viejas* se exalta, y *Mañana gris* se recoge dulcemente. La acritud de *Sol de mañana* no excluye la armónica entonación de *El valle*, que considero—á pesar del violento recortado del primer término—su mejor obra del conjunto.

Simonet Castro, hijo del ilustre pintor, bajo cuya bondadosa dirección trabajan los pensionados, es, naturalmente, el más clásico de los expositores. En este sentido le define plenamente el cuadro *Quiétude*. Pero su verdadero carácter es el de artista decorador, de dibujante editorial, de cartelista. Así, sus envíos de positivo mérito son los que más se aproximan á otras obras suyas anteriores publicadas en LA ESFERA. Citemos, como demostración de ello, el titulado *Patio del Ave María*.

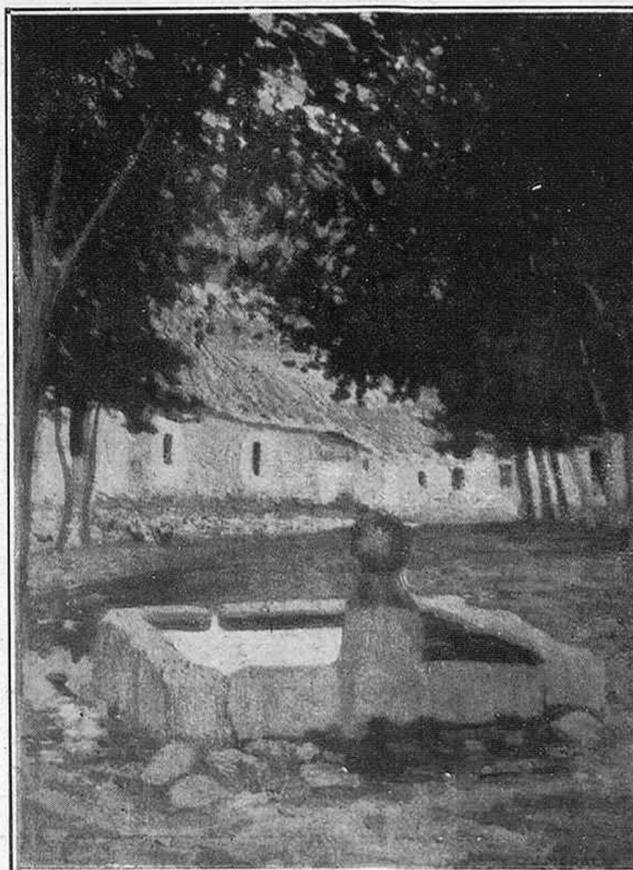
Por último, Joaquín R. Peinado, que además de los paisajes presenta unos dibujos esquemáticos, insinúa condiciones aún no del todo concretas, pero animadas de esa esperanza y ese fervor juveniles que merecen respeto y aliento. Aguardemos de él ese instante que no dejará de llegar, si no se desalienta y si escucha la voz interior de los propios impulsos y de las sensaciones directas.

Como llegó para los artistas que precedieron en años anteriores al buen conjunto de los actuales, Pérez Rutra, hoy en Roma y uno de los mejores paisajistas jóvenes; Octavio Pinto, el argentino que llevó á su patria visiones espléndidas de España; José Frau, tan influyente de tendencia sobre sus compañeros; Igual Ruiz y Joaquín Valverde, una de las esperanzas más legítimas de nuestra época.

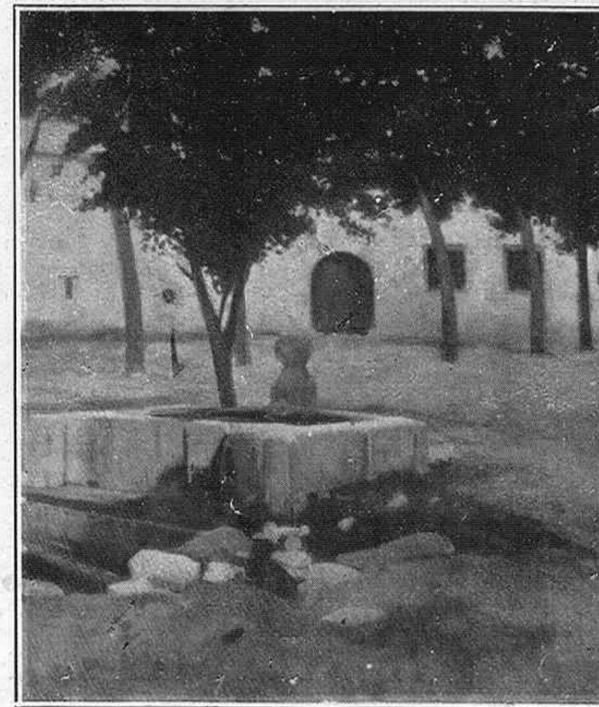
SILVIO LAGO



«El corredor blanco», cuadro de Joaquín Roca



«Luz de crepúsculo», paisaje de I. Morales Alarcón



«Tristitia rerum», cuadro de R. Peinado Vallejo

EL ALTAR VACÍO

(POEMA DE DESOLACIÓN)

YA estaba ante su casa solariega, todavía en pie por verdadero milagro, después de treinta años de incuria y de abandono.

No había llegado, como en su mocedad, arrogante, caballero en soberbia mula, delante de su padre, montado también en otra que, con aquella, hacía envidiable par, y escoltado por un representante de cada casa de la aldea, pues ni una sola dejaba de enviarlo á recibirlos, ya que para todas era un acontecimiento verlos llegar y todas les tenían motivo de agradecimiento ó de esperanza; sino jinete en el caballo de San Francisco, es decir, humildemente, á pie, un paso detrás de otro, cual si no fuese ni sombra del rico heredero que debió de haber sido, sino lo que era, el más pobre del lugar, y acompañado de mala gana por un muchacho del mesón, que no esperaba, á juzgar por la mísera traza del viajero, propina que valiera la andadura.

La falta de cabalgadura no le extrañaba, sabiendo que las cuadras de su casa, antes llenas y famosas, no albergaban ninguna, y la ausencia de amigos á esperarle, menos; pues ignoraban su llegada, último antojo de su caprichosa vida. Además, por el camino, su infantil compañero había dado la mala nueva de que ninguno de cuantos él conoció y estimara vivían ya.

Al poner el pie en el patín, sintió un impulso que pudiera llamarse bueno, si hubiese obedecido á devociones de corazón ó á tirones de la nostalgia: antes que en la mansión de los primeros años de su azarosa existencia, entrar en su magnífico oratorio, que por lo grande de su fábrica y por el gótico estilo de su artística traza, podía competir con muchas pretensiosas iglesias parroquiales de aldea pirenaica.

Recordaba á su padre: antes de entrar á la casona, sin quitarse el polvo del camino, con la misma ropa de viaje, lo primero que hacía era entrar al oratorio á dar gracias al Cielo. Y cuando se partía de allí, del oratorio también salía directamente al patín, después de haber implorado la divina protección. Para Dios y para la Señora la Santa Virgen eran, pues, su primer saludo y su postrera despedida...

Al sentir el impulso, su pensamiento de escéptico formuló esta pregunta: «¿Entrar? ¿Por qué? ¿Para qué?»

Comprendía la conducta paterna. Era lógica. En primer lugar, era creyente; y luego... Tenía por qué dar gracias, al llegar, y qué pedir al marcharse.

¡Pero él! Arruinado, fracasado en todas sus empresas materiales y espirituales, ¿de qué tenía que dar gracias? ¿Por haberle conservado una vida que no sólo no estimaba, sino que la aborrecía atormentado por toda laya de los peores desengaños? ¿Qué tenía que pedir? Con más años en el alma que los cincuenta pasados desde que nació, cuando sintiéndose más viejo de lo que era, nada ambicionaba ya, ninguna ilusión tenía, perdidas la fe y la esperanza de realizar ya nada que pudiese alborozarle.

Sin embargo, más que sus recuerdos y que sus desesperanzas; más aún que el impulso nostálgico; más que la rutina de tiempos ya viejos, pudo el temor de verse solo en aquel desierto ó imponente caserón de sus mayores, y por retrasar este momento, entró en el oratorio...

Más le valía no haber entrado... Sabía, ¿cómo no, si habían sido sus desaciertos la causa?, perdida su hacienda toda; pero al quedarle la casa, esperaba que el oratorio conservase todo su pasado esplendor. Nada de eso. Ni el retablo plateresco del altar mayor, magnífica obra de talla donde todos los misterios del Rosario estaban artísticamente representados por un soberano artífice, rica joya de la que siempre había oído hablar con admiración mezclada de pasmo en el pueblo; ni aquella imponente y conmovedora imagen de Cristo crucificado; ni aquellos manteles de altar que eran un tesoro de blondas, encajes y bordados; ni aquellos ornamentos sun-

tuosos; ni los espléndidos vasos sagrados; ninguna de aquellas magnificencias quedaba ya. En el altar mayor solamente había, solitaria, dando frío, sin retablo que la cobijase ni pedestal que la sostuviese, una tosca imagen de talla cuyo nombre se ignoraba, como de dónde había salido ni por qué estaba allí... En otra nave, bajo gótica cúpula, vió un altar convertido en escombros.

Por el suelo, sucio y húmedo hasta inspirar repugnancia, una capa de deyecciones de aves domésticas atestiguaba que aquel oratorio, ¡aquel oratorio igual en privilegios á la romana iglesia de San Juan de Letrán!, cual decía, ufano, su padre leyendo un pergamino con sello pontificio en cera roja y verde, había tenido

razón más poesía que las de ahora, aseguraban que una chispa del amor excesivamente ardoroso del devoto había abrasado sin querer á la imagen y al magnífico retablo que la albergaba. El enamorado no murió por eso. Cuando vió las cenizas de la imagen amada, dijo impasible, con la tranquilidad de quien tiene seguro su tesoro:

—¿Y qué? ¡La llevo aquí, en mi corazón!, donde le he erigido un altar, y seguiré adorándola. ¡Y aquí no me la quemarán sin incendiarme el corazón! ¡Y cuando me lo incendiasen, moriría de dicha: ¡sus cenizas y las de mi corazón, mezcladas! ¡No tendré tanta suerte!...

Así como envidiara antes la fe de su padre, envidió ahora el recién venido aquel corazón de su antepasado, lleno de un ideal, insensato si se quiere, pero lleno hasta el fin de su vida...

El altar vacío, aquel oratorio descuidado, presentábasele como espejos de piedra que reflejaban el estado de su corazón. Por todas partes escombros, ruina, polvo, telarañas, tinieblas, salvo un rayo de sol que todavía penetraba por un ventanuco en forma de aspillería, no sabía si compasivo para animar un poco el templo, y su propio corazón, con una claror de esperanza, ó inexorable y justiciero, condenándole á la más clara contemplación de la ruina de su vida y de su patrimonio...

Ahora veía su corazón como aquel templo... En su corazón loco había erigido altares á ídolos, á mitos, como el amor, como la amistad, como el oro... Habíalos visto derrumbarse todos, contrariado, pero sin espanto: soberbio y rebelde contra toda adversidad se consolaba de cada derrumbamiento con la esperanza de conservar siempre el principal altar, el mayor, donde, empezado á marchitarse su corazón, creía hallar una poderosa fuente de energías y de goces, donde rendía culto vanidoso á su propio yo, creyente fervoroso en sí mismo. Cuando todo le faltase—pensaba en su soberbia—siempre le quedaría su mismo espíritu, siempre se bastaría á sí propio, para no necesitar de nada ni de nadie...

Y ahora, derrotado, fracasado en todo, veía por fin desmantelado y vacío aquel altar mayor donde más que como á Dios había venerado el ídolo de su pretendida valía.

El ídolo se le había roto, se le había evaporado más bien. Hasta ahora había atribuido su desdicha á la maldad ajena. Ahora culpaba á su propia nulidad.

Y vacío el altar de su fundamental creencia, el de su esencial ilusión, perdida la fe en su personal mérito..., comprendía que era un degenerado de su noble casta, veía claro que en amor y en todo sólo triunfan los cabales, y que él había fracasado porque, como á aquel Gringoire de Victor Hugo, le había faltado siempre algo para ser alguien.

Miró por última vez á su propio corazón. Como en templo con los altares derruidos, vió por todas partes miserias, ruindad, suciedades, escombros, tinieblas repugnantes...

No pudo soportar el hundimiento del último altar, el más doloroso, porque cuando no se cree en sí mismo, no se espera ya nada de los demás, sino desdichas sin cuento.

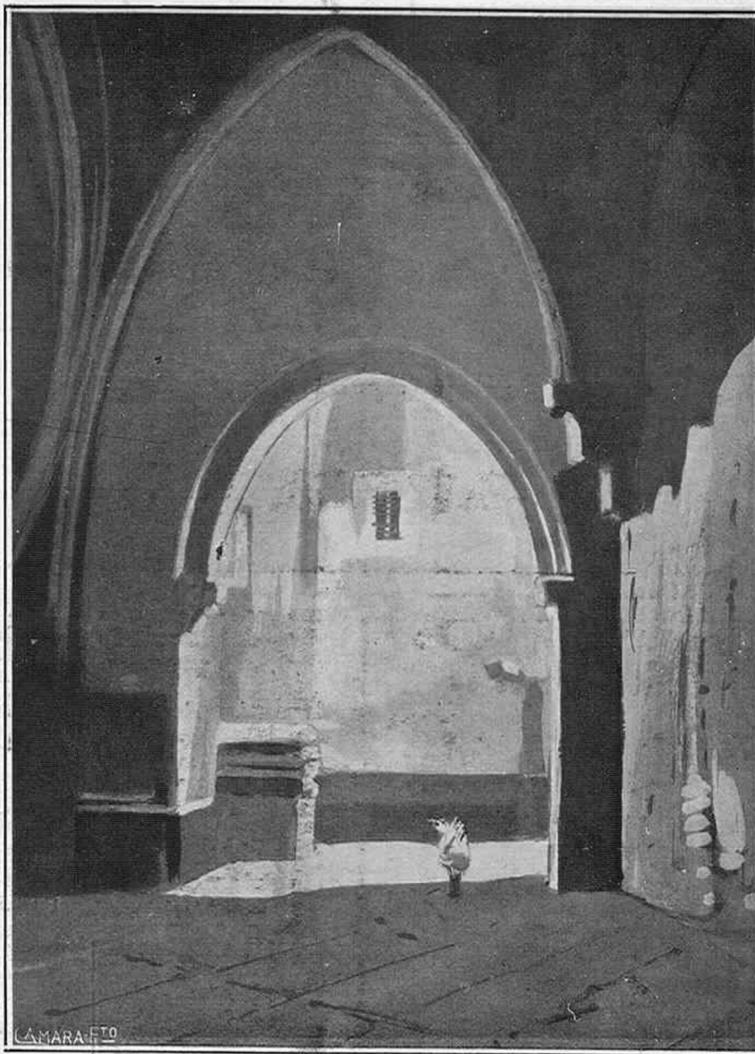
Y como no esperaba nada ya, salió al patio, cogió una palanca de hierro, volvió al pie del altar mayor de su oratorio, levantó con ella, tras mucho esfuerzo, la pesadísima losa que cubría la sepultura de un antepasado suyo, el fundador de aquella iglesia, se acostó con él, dió un puntapié á la palanca que sostenía la losa, y la losa le cayó pesadamente encima.

Y fué tan piadosa que le aplastó los sesos, mientras él, al sentir el formidable golpe, pensaba:

—¡Para lo que me servían!...

E. GONZALEZ FIOL

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



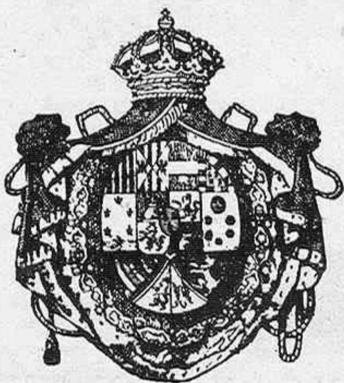
como último destino el de desaseado gallinero...

Peró lo que más penosa impresión le causó fué la vista desoladora de un altar absolutamente vacío...

¡Un altar vacío! ¡Qué tremenda inspiración recibió! ¿Para qué sirve un templo con un altar vacío?... ¿Tiene razón de existir?...

Aquel altar había estado vacío otra vez. Tenía su leyenda... Estaba dedicado á Santa Lucía. La imagen de la Santa era de una belleza ideal que á la vez halagaba tentadoramente á los sentidos...

Un antepasado suyo había enamorado locamente de la imagen... La gente le creía embrujado... Jamás le faltaban velas y flores, las más hermosas, las más perfumadas, las más costosas, á la bella imagen cuyos ojos cerrados, en actitud que quería ser de resignación, parecían sumidos en un tentador ensueño de voluptuosidad... El altar, siempre iluminado por el enamorado mozo, parecía un asea de oro y un séráfico jardín... Una mañana apareció el altar vacío, lleno de ceniza, ennegrecido por el fuego, la iglesia envuelta en una bruma de humo... Se había incendiado el retablo. ¿Un descuido? Las viejas decían que la infernal pasión había horrorizado á la imagen y la había decidido á desaparecer abrasada, para no sostener más tiempo en pecado mortal á su enamorado devoto. Las mozas de aquel tiempo, que tenían en el co-



WYNAND FOCKINK

Proveedor de la Real Casa

AMSTERDAM (HOLANDA)

La primera Casa holandesa de licores finos, fundada en 1679

Curaçao. - Cherry-Brandy. - Kummel. - Cremas de cacao, vainilla, menta, etc., etc.- Ginebra de Schiedam

REPRESENTANTE GENERAL PARA ESPAÑA:

Th. Baïlac. - Lauria, 86, Barcelona

“RENACIMIENTO”

acaba de adquirir la exclusiva para editar todos los libros de

“EL CABALLERO AUDAZ”

y ha puesto á la venta las siguientes obras del afamado novelista:

La virgen desnuda.....	Precio: 5 pesetas
De pecado en pecado.....	» 5 »
Desamor.....	» 5 »
El pozo de las pasiones..	» 5 »
En carne viva.....	» 5 »
La bien pagada.....	» 5 »
La sin ventura.....	» 5 »
El divino pecado.....	» 5 »
San Sebastián.....	» 5 »
Emocionario.....	» 5 »
Con el pie en el corazón:	» 5 »
Hombre de amor.....	» 5 »
Un hombre extraño.....	» 5 »
Lo que sé por mi. (Más de trescientas entrevistas, recogidas en diez volúmenes).....	» 5 »

Muy en breve, la emocionante novela de 300 páginas

UNA CUALQUIERA (Breviario libertino y doloroso)

Pedidos directamente á “RENACIMIENTO”, Preciados, 46, Madrid

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

SALES CLARKS



PARA ADELGAZAR. BANO IDEAL 2 P^{ts}
EN LAS PERFUMERIAS y EN BILBAO APARTADO 317



El invierno y el Kodak

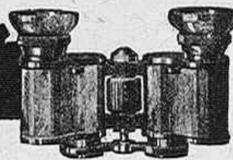
Ninguna época se presta más que el invierno a los deportes en el campo. Pero tampoco hay estación en el año más propicia para reunir a sus amigos que las veladas invernales.

Los deportes y las reuniones en el hogar que son motivo de alegría y expansión, son incompletas sin un Kodak. Porque la misión de éste es prolongar esos momentos de alegría y hacerlos, por así decir, eternos.

Adquiera usted un KODAK hoy mismo, y no olvide que con el sistema Kodak de hacer fotografías se suprimen las molestias del cuarto oscuro, porque todas las operaciones se hacen en plena luz. Y su manejo se aprende en media hora.

Pida usted detalles y Catálogo ilustrado a KODAK, S. A.

MADRID: Puerta del Sol, 4 y Gran Vía, 23,
BARCELONA: Fernando, 3 y Paseo de Gracia, 22.
SEVILLA: Campana, 10.



El regalo más á propósito
LOS GEMELOS DE TEATRO

ZEISS

CARL ZEISS
JENA
(ALEMANIA)

son prismáticos de luminosidad muy potente y de gran campo visual á pesar de su tamaño reducido, muy manejable y de peso insignificante. Dichas ventajas y las formas elegantes y cómodas inducen á muchas señoras utilizarlos también para ver de lejos.

De venta recubiertos en negro, ó sea el decorado elegante habitual de los gemelos ZEISS, ó dotados de cubiertas doradas y guarnición de lagarto ó incrustaciones de nácar.

Pídase el Catálogo ilustrado «T 438» Á CARL ZEISS, JENA (Alemania)
DE VENTA EN LOS ALMACENES DE ÓPTICA

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

LEA USTED
LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
50 cént. en toda España



SE VENDEN

los clichés usados en esta Re-
vista. Diríjanse á esta Adminis-
tración, Hermostilla, 57



Hermanos: lograréis purificar vuestras al-
mas y hermostear vuestro cutis usando la
PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,30. — Agua de Colonia, 3,50.
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERI-
CO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Conservas "ULECIA" Logroño (España)

MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE A

D: José Briaes Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MÁLAGA



Sellos de correo auténticos de Misiones extranjeras, garantizados, sin ser escogidos, se venden por kilos. Tarifa gratis. Bécanne, 14, rue Redoutes, Toulouse (Francia).

HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de suscripción en España:
10 ptas. al año y **12** en el Extranjero.
Hay colecciones completas del año 1.º,
al precio de **10 ptas.** Descuento del 25
por 100 á librerías y corresponsales.

UNA CAJA
DE
VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
BIEN EMPLEADA Y A SU DEBIDO TIEMPO
DEFENDERA
vuestra **Garganta**, vuestros **Bronquios**,
vuestros **Pulmones**
COMBATIRÁ
vuestros **Constipados**, **Bronquitis**,
Grippe, **Trancazo**, **Asma**, **Enfisema**, etc.
PERO SOBRE TODO Exigid expresamente
LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
QUE SE VENDEN UNICAMENTE
EN CAJAS
con el nombre **VALDA**
en la tapa y nunca
de otra
manera.

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0005
Azucar-Goma.

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE **Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21



REINE DES CRÉMES

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU - PARIS
Agent pour l'Espagne: Jose Ros - 2 Cuesta Santa Domingo MADRID

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

GRAN PREMIO DE HONOR
EN LA
EXPOSICION UNIVERSAL DE BUENOS AIRES
1910

PROVEEDOR FABRICANTE
DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Y DE S. A. LA INFANTA ISABEL

VICTOR SARASQUETA
MANUFACTURERA MECANICA EIBARRESA
ESCOPEYAS FINAS DE CAZA Y TIRO DE PICHÓN
EIBAR
GUIPUZCOA
ESPAÑA

Solicítense catálogos, que se remitirán gratis, mencionando esta Revista

A los Corresponsales administrativos de Prensa de toda España

Se está ultimando la Federación de Corresponsales administrativos de Prensa de toda España.

Si usted simpatiza con el proyecto, y no quiere verse excluido de este organismo con los perjuicios consiguientes, dirijase hoy, sin falta, á **Ramón García Lara**, Apartado 233, SEVILLA.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

(Cim.en, 10, ALCOHOLERA, Madrid)



ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

Miss Blanche



CIGARRILLOS DE LUJO

Los mejores y más baratos

=Varela de Spijas=

THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

DE VENTA EN TODAS PARTES

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS